

¡CUIDADO, TERRESTRES!

TOM ARGO



¡CUIDADO, TERRESTRES!

TOM ARGO

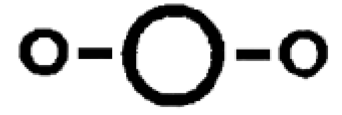
¡ Cuidado, terrestres !

Colección ESPACIO

¡ Cuidado, terrestres !

por

Tom Argo



EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llorente, 13

BARCELONAFIDEL INTERNATIONAL

Representantes exclusivos

en los Estados Unidos de
Norteamérica Excepto Nueva York
(Ciudad) N. Y.

BOX 266

MALIBU, CALIFORNIA - U. S. A.

Depósito Legal: B. 14427 – 1958

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY, S.A. – T. Llorente 13 - **BARCELONA**

¡CUIDADO, TERRESTRES!

CAPÍTULO PRIMERO



OS pasos sonaron firmes, sincrónicos, decididos, levantando en el lóbrego corredor de amarillentas paredes un eco sonoro, como de caja de música.

Era un hombre de aspecto distinguido, vestido a la última moda.

Frisaría en los cincuenta, si bien no los representaba. En la mano derecha llevaba una cartera de fino cuero. Al final del pasillo había una puerta. Alguien giró el picaporte… Los pasos fueron a morir frente al muchacho pecoso que hacía de botones.

—Necesito ver al director. Dígale que está aquí el doctor Richard Ritter, para tratar de un asunto muy urgente.

—Espere.

Nuevo ruido de pasos sobre las baldosas. Una puerta que se cierra tras del joven pecoso, para volverse a abrir pasados unos minutos.

—Pase. El director le espera.

Ritter estrechó la mano del sujeto larguirucho que le esperaba junto a la mesa. Era breve, concreto.

—Encantado de saludarle, doctor. ¿Quiere tomar asiento y explicarme el motivo de esta visita?

Aceptó sugerencia, al tiempo que lanzaba un suspiro de satisfacción, como si estuviese exhausto.

—Señor director, mi visita se debe a motivos profesionales… No sé si sus asuntos particulares le dejan tiempo para leer los periódicos o escuchar la radio…

—De vez en cuando, si doctor.

—Entonces, sabrá que, pese a estar licenciado en Medicina, me dedico a investigar el espacio.

—Sí, algo he oído.

Esbozó un gesto de desagrado, molesto por el aire displicente del otro. Era un hombre pagado de sí mismo, o convencido de su valía.

—Eso facilita mi labor. He venido a verle para solicitar ayuda.

Rufus Trisson arqueó las cejas.

—¿Mía?

—Pues… digamos que es así. Verá, permítame remontarme al principio de la cuestión, para que comprenda lo que me propongo hacer. — Se detuvo, cual si quisiera ordenar sus pensamientos. —Hace tres años, en mis laboratorios particulares, principié la construcción de una astronave capaz de alcanzar alturas superiores a

las de los más modernos aviones, con el fin de estudiar las condiciones atmosféricas de esas regiones, hasta ahora punto menos que desconocidas para nosotros. En mi opinión, debemos conocer esas regiones, y luego intentar llegar a la Luna o Marte.

Trisson asintió vigorosamente, sin saber a ciencia cierta lo que hacia. Hombre relativamente modesto, carecía de la suficiente cultura para adivinar las intenciones del científico.

Este prosiguió:

—Pues bien; la astronave está a punto, dispuesta a lanzarse a la conquista del espacio… Y aquí es donde necesito su colaboración.

—Hable. Le confieso que no acierto a comprender de qué manera puedo ayudarle.

—Sí, lo comprendo… Necesito cuatro hombres, para dirigir esa astronave.

—¿Cómo?

Trisson no tenía un pelo de listo.

—Mi invento está dotado de los más modernos aparatos… Pero necesito de cuatro hombres, como le digo, para dirigirla.

El director se puso en pie. Con aire meditabundo recorrió el despacho de arriba abajo. Luego se encaró con el rostro inquisitivo del investigador, preguntando con asombro:

—¿Y por qué no la dirige usted o alguno de sus ayudantes?

—Esperaba que me hiciese esa pregunta, señor director… Tiene fácil respuesta. Tanto mis ayudantes como yo estaríamos dispuestos a pilotar el ingenio, pero se ha impuesto el sentido común. Confiamos ciegamente en sus posibilidades, pero nuestros cálculos pueden ser muy optimistas. Por eso hemos decidido estar en contacto constante por radio con los que vayan, y así no arriesgamos nuestras vidas en caso de que el…, llamémosle experimento, fracase.

—¡Ajá.! Comprendo perfectamente, doctor Ritter. Y sólo por eso, porque no confía en su invento, pretende que vayan otros hombres, arriesgando sus vicias, ¿no?

—Así es. La vida de mis ayudantes es muy valiosa. Y la mía también lo es, aunque sea inmodestia. Si nosotros fuéramos pilotando la astronave y ésta no regresase, todo nuestro esfuerzo se perdería. En

cambio, si son otros los que van, podremos estudiar cuanto nos interesa por medio de los aparatos instalados en el interior del ingenio… Y podremos volver a empezar de nuevo, si todo fracasara.

—Y ello a costa de cuatro vidas humanas, ¿verdad?

—Cuando algo se sacrifica en aras de la ciencia es porque no hay otra solución. ¿Qué importan cuatro o mil vidas, si a costa de ellas puede que consigamos dominar el espacio?

—Usted es un científico y ve las cosas a su manera. En cambio, yo, que me paso la vida entre estas cuatro paredes, las veo de forma muy distinta. Para mi, una vida está por encima de todos los adelantos de la ciencia.

Ritter observó a su interlocutor con marcado interés. Para él, ninguna vida humana, por valiosa que fuese, podía entorpecer la marcha de la ciencia, de esa ciencia a la que se dedicaba con todas sus fuerzas.

—Veo que militamos en campos opuestos, señor director. No sé si le servirá para variar de criterio el saber que esos cuatro hombres que necesito serán cuatro presos… condenados a muerte. Da igual que mueran en la silla eléctrica que pilotando mi astronave.

—¿Usted cree? Siento disentir. Aunque se trate de cuatro condenados a muerte, no puedo ver con buenos ojos la aventura. Llevo muchos años dirigiendo esta penitenciaria, y nunca recibí una visita como la suya… Sintiéndolo mucho, no puedo complacerle.

Ritter abrió la cartera y buscó en su interior, totalmente repleto de papeles.

—Más lo siento yo, señor director, puesto que me obliga a exhibir ciertos papeles que en ningún momento pensé en utilizar… Tome y lea.

Rufus Trisson tomó el folio en sus manos y se dispuso a leerlo. Richard Ritter no le perdía de vista.

—Como verá, tengo autorización para llevarme a esos cuatro condenados a muerte.

Trisson le devolvió el documento. Estuvo a punto de hacerle algunas preguntas, pero se abstuvo. Estaba convencido de que no le respondería.

—Estoy a sus órdenes — se limitó a decir.

El científico fue concreto.

—Deseo examinar el historial de todos los condenados a la última pena. Quiero escoger a los cuatro más capacitados.

Poco después, nueve carpetas eran depositadas sobre la mesa. Ritter se dispuso a leer. El director le dejó solo.

Nueve carpetas. Nueve hombres condenados a muerte, de los que cuatro podrían librarse, ser de nuevo libres. Y lo que era más importante y paradójico: en caso de triunfar, serían admirados por todos, convirtiéndose de la noche a la mañana en héroes populares.

CAPÍTULO II



ICHARD RITTER volvió a leer el historial de los cuatro elegidos para lanzarse a la colosal aventura.

«Roy Murray, cuarenta años, condenado a la última pena por el tribunal de Kington, acusado de diversos robos a mano armada con asesinato.»

«David Pearson, de treinta años, condenado por el tribunal de Albany, bajo la acusación de cinco raptos, así como del asesinato cometido con el menor de edad Lewis Farmer.»

«Lewis Carver, de veintiocho años, condenado por el tribunal de Buffalo, acusado de dar muerte a su patrón. Alegó en el juicio que lo cometió para librarse del tiránico trato que le daba.»

«Jack Loomans, cincuenta años, condenado a morir en la silla eléctrica por el tribunal de Elmira, bajo la acusación de diversas estafas de gran cuantía e intento de robo con asesinato.»

Al final de la hoja de servicios de cada uno venia una especie de nota, advirtiendo la forma de ser de los condenados. Así, por ejemplo, Roy Murray era un retrasado mental, cínico y embustero; David Pearson era un tipo listo observador, cruel y refinado; Lewis Carver parecía bastante apocado, como si la condena le hubiese hecho variar de carácter; por último, Jack Loomans estaba considerado como un individuo despreciable, bajo y rastrero, de cuya ruindad se podía esperar todo.

Ritter, cuando terminó, tabaleó con los dedos sobre la mesa. Luego, parsimonioso, mientras retiraba las carpetas a un lado, paseó su mirada de uno a otro de los cuatro tipos elegidos, quienes permanecían en pie, adoptando una postura de indolente fastidio.

—Bien... ¿Les ha dicho algo el director?

—No nos da ni los buenos días. Sólo trata bien a los que tienen condenas pequeñas — repuso David Pearson.

—Lo prefiero así. Quizás no hubiera sabido enfocar el asunto... — Se cortó bruscamente, como si buscara las palabras adecuadas para entrar en situación—: He venido aquí para hacerles una proposición que, supongo, les resultará en extremo interesante.

—A estas alturas no hay nada que nos interese, señor. A éste —y señaló a Murray— le toca ir a la tostadera el mes que viene. Luego iremos los demás.

Ritter examinó con atención a Pearson, el que hablara. Era un sujeto que, indudablemente, valía. Estaba satisfecho de la elección.

Sonrió imperceptiblemente.

—Creo que se equivoca. Si yo les digo que los voy a sacar de aquí, ¿les interesará?

Los cuatro se miraron, sorprendidos, esbozando cada uno un denominador común de su carácter.

—Usted se burla — murmuró Murray.

—No es mi costumbre. Les he dicho la verdad. Si ustedes aceptan la oferta que vengo a hacerles, serán puestos en libertad inmediatamente, dentro de media hora.

Aquello era más de lo que podían esperar. Tensos, vacilantes pese a todo, no cesaban de mirar al científico. Eran ocho pupilas, especie de arco iris humano, en las que brillaba una tenue luz de esperanza.

—¡Por todos los infiernos!—bufó Pearson —. Daríamos cualquier cosa con tal de escapar de aquí... ¿Es una fuga lo que viene a proponernos?

—Creo que no me han comprendido. Me explicaré... Mi nombre es Ritter, Richard Ritter, y desde hace tiempo me dedico a la investigación... He construido una astronave capaz de llevar a los terrestres a la Luna o Marte y necesito cuatro hombres para pilotarla...

Esos cuatro hombres son ustedes, siempre que accedan.

Jack Loomans lanzó un sonido ininteligible.

—Yo no sé una palabra de eso que dice, pero cuente conmigo desde este momento… ¡Lo único que deseo es salir de esta pocilga!

Ritter asintió, centrando su atención en los tres, restantes.

—¿Y ustedes?

Murray dio un paso al frente.

—Yo también estoy de acuerdo. No puedo soportar esta bazofia de comida… Aparte de que sólo me queda un mes de vida y hay que aprovecharlo.

Lewis Carver permanecía con la cabeza baja, como avergonzado. Sus dedos jugueteaban con el botón de la camisa de presidiarlo.

David Pearson no se dejaba llevar por sus impulsos. Era un tipo listo, calculador y frío. Había escuchado la narración del galeno con cierto aire de incredulidad, y no acababa de entender la propuesta.

—Un momento, señor. Ya se que mi situación no me permite elegir, pero deseo que me aclare algunas cosas… ¿Puedo preguntar?

—Desde luego. No es mi pretensión que se embarquen a ciegas, sin saber cuál será su misión.

—Usted ha hablado de una astronave capacitada para llegar a otros planetas; pero no ha dicho las probabilidades que existen.

—Ni puedo decirlo. Ésta es la primera vez que voy a ensayar mi invento. Ni yo ni nadie podría precisar el futuro… Claro está que tengo mis esperanzas… Pero todo en teoría. La práctica siempre suele ser distinta.

—¿Quiere decir que correremos grave riesgo de morir?

No deseaba hacerles concebir demasiadas esperanzas. En primer lugar, porque le interesaba personalmente; luego, para así forzarles a tomarse la aventura con todo interés. Ello redundaría en beneficio de su experimento.

—Ciertamente… Ya ven que no trato de engañarles. Pero siempre tendrán posibilidad de salvarla vida, mientras que aquí…

—Entiendo. La elección, en nuestras condiciones, y desde su

punto de vista, no es dudosa... ¿Cual será nuestra misión?

—A cada uno de ustedes se le dará una. En caso de que acepten, mis ayudantes y yo les instruiremos hasta el momento de partir... Como acaba de decir, creo que no deben dudarlo un sólo instante. Aquí saben lo que les espera. En cambio, si pilotan mi astronave, pueden salir con vida del trance y pasarán a ser celebres.

—¿No volverán a traernos aquí y harán que se cumplan las condenas?

—¿Se imagina que se atreverían a hacerlo? Si consiguen triunfar, toda la nación se pondrá de su parte... Serían absueltos.

Era una esperanza remotísima, pero lo suficientemente halagadora como para no pensarlo un minuto más. Aparte de que era preferible perder la vida pilotando el ingenio, que no en silla eléctrica.

—Entonces, yo también acepto—dijo Pearson—. Estoy a su disposición.

—Solamente queda usted, Carver. ¿Que decide?

El aludido levanto la cabeza, dejando de juguetear con el botón. Sus ojos, unos ojos fríos, apagados, se posaron un breve instante en la testa del científico. Enseguida volvió a su postura anterior.

—Iré — musito, al cabo de un rato.

Ritter se puso en pie.

—Vayan a prepararse. Les espero aquí. Supongo que tendrán otra ropa que ponerse, ¿no?

David Pearson asintió, pero fue un gesto casi dubitativo, como si no estuviera muy seguro de lo que afirmaba.

Mientras se cambiaban, Ritter permaneció en el despacho del director, arreglando los últimos tramites.

Poco después, los cuatro condenados a muerte estaban dispuestos, El científico se despidió de Trisson.

—Le agradezco su ayuda.

Su interlocutor estrechó la mano que le tendían con evidente frialdad.

—No me la agradezca. Si en mí hubiera estado, se habría ido con

las manos vacías.

Ritter le observó con sumo cuidado. Luego, mientras se dirigía hacia la puerta, sonrió con superioridad.

Ya en el quicio, se volvió hacia los cuatro.

—¿Están listos?

Cuatro gestos ce asentimiento… Los pasos se perdieron a lo largo del corredor, produciendo un ruido característico.

* * *

Quince días más tarde, los condenados estaban en disposición de pilotar la astronave. El día antes de la partida, Ritter se reunió con ellos en el interior del ingenio para discutir las últimas dudas.

Williams Gould, eminente botánico, colaborador directísimo de Ritter, se retrepó en el asiento con marcada indolencia. Era un hombrecillo canijo, de pelo ralo, blanco y ojos saltones, que parecían querer salirse de las órbitas. Su voz atiplada se dejó oír:

—Estamos reunidos para aclararles las dudas que aún puedan tener. No necesito advertirles que la empresa requiere del esfuerzo de todos, por lo que se impone tener la lección bien aprendida.

Pearson se había erigido en jefe. Era él quien llevaba la voz cantante.

—Tanto mis compañeros como yo estamos al corriente de nuestros cometidos. Si de nosotros dependiera el éxito de la aventura, sería ruidoso, no lo duden.

Ritter sonrió mefistofélicamente. Le agradaba la presencia de ánimo de «sus conejillos de experimentación».

—Entonces, ¿todo está claro? — insistió.

—Absolutamente.

En seguida se volvió hacia su otro colaborador, un joven de presencia atlética.

—¿Tiene usted algo que decir?

Bill Sanders denegó con un simple movimiento de manos. El galeno se encaró con los cuatro.

—Bien. Estaremos en permanente contacto por radio. Ustedes cuatro se turnarán cada cierto número de horas. Nosotros haremos lo mismo.

Todos se pusieron en pie, dando por finalizada la entrevista. David Pearson se acercó a Ritter.

—¿Cuándo será la partida?

—Mañana, poco antes del amanecer… Ahora es preciso que revisen otra vez la astronave. No hay que dejar ningún cabo suelto.

Salieron a la amplia explanada en la que habían instalado la torre de lanzamiento del ingenio.

La astronave era una especie de tubo que se engrosaba de arriba abajo, en cuya parte final existían cinco «reservorios atómicos», encargados de producir la suficiente energía para que pudiera despegar. El interior disponía de una sola cámara, en la que se hallaban todos los aparatos técnicos para el estudio de la vida espacial, así como los mandos. En uno de sus extremos, el botánico había instalado un pequeño invernadero, con el fin de estudiar la influencia de la vida en las alturas en las distintas plantas.

En aquel instante un coche se detuvo junto a los hombres. De su interior salió una linda muchacha, esbelta, rubia, de una belleza llamativa. En sus manos, como si se tratara de un objeto delicado, llevaba un diminuto tiesto.

Ritter salió a su encuentro.

—No te esperaba, Elsa. ¿Cómo se te ha ocurrido venir?

—Buenas tardes, papá… Estaba aburrida en casa… Además, he querido que tu invento lleve alguna cosa que me pertenezca. Estoy segura de que te dará suerte.

—¿Cuál? ¿Crees que ese geranio…?

—No te burles. Recuerda que es para mí como un amuleto. Me cuesta mucho desprenderme de él.

—Sí, lo comprendo… Bueno, ponlo en el invernadero…

Jack Loomans se acercó a la joven.

—No se moleste, señorita. Yo mismo lo haré.

Y extendió sus manos en busca de las de la muchacha. Pero antes

de que se produjera el más leve contacto, Elsa dejó caer el tiesto, al tiempo que se echaba hacia atrás.

Loomans la miró, sorprendiendo en su rostro un claro gesto de asco. Sin decir una sola palabra, recogió el tiesto, que no se había roto, y se dirigió con él a la astronave.

Para nadie pasó inadvertido el claro gesto repulsivo de la joven; pero ninguno se atrevió a comentarlo.

—Ahora deben ir a descansar — ordenó Ritter, dirigiéndose a los tripulantes.

Luego se reunió con sus colaboradores.

—Creo que todo está preparado.

—Así es.

—Entonces, vámonos nosotros también. A partir de mañana tendremos más trabajo del que podíamos suponer.

—Espero que todo salga según sus cálculos — dijo Bill Sanders.

Ritter arqueó las cejas.

—Yo también; pero…

CAPÍTULO III



N la estancia reinaba el silencio. Sólo a intervalos se escuchaba el breve tintinear de unos dedos sobre la mesa, en la cual se hallaba el aparato de radio.

Williams Gould, con los auriculares en las orejas, sentía que se apoderaba de él un pesado sopor que le sumía en el mundo del sueño. Y era preciso que lo venciera. Las primeras dificultades habían hecho acto de presencia. Aquella misma mañana, como estaba previsto, partió la astronave. Y desde entonces no habían conseguido ponerse en contacto por radio.

Nuevamente tabaleó con los dedos sobre la mesa, al tiempo que se desperezaba. Luego, por milésima vez, trató de establecer contacto con los viajeros... Nada. Era inútil. La radio no daba muestras de llegar a la astronave.

La puerta se abría para dar paso a Ritter. Pero a un Ritter pensativo, cabizbajo, no al convencido de sus propias fuerzas.

—¿Nada?

—Lo he intentado varias veces... Creo que perdemos ti tiempo.

—Es posible — concedió—, pero no tenemos otra tesitura. Hay que insistir hasta el cansancio.

—¿Has consultado el radar?

Richard Ritter asintió, abatido.

—He dejado a Bill.

—¿Ninguna novedad?

Signo negativo.

—Tampoco nada… Puedes irte a descansar, Williams.

El botánico dejó los auriculares sobre la mesa y se incorporó. Las rodillas, al recobrar la porción vertical, produjeron el clásico crujido de huesos.

—Buenas noches, Richard… Y que tengas más suerte que yo.

El científico, mientras ocupaba el asiento, adoptó un aire reservado.

—Me resulta incomprensible—dijo — no poder entrar en contacto con ellos. La radio es potentísima.

—Quizás han alcanzado una altura que está fuera de su alcance… Lo evidente es que algo ha sucedido.

—Probablemente ocurra algo de lo que dices… Pero les dimos las oportunas instrucciones para que trataran de comunicar en caso de que haya ocurrido alguna avería.

—Seguro que lo habrán intentado tantas veces como nosotros. Su situación no debe ser muy agradable.

Un profundo suspiro. Luego…

— ¡Si, eso creo! en fin, espero tener mejor suerte que tú… buenas noches, Williams.

—Vendré mañana a primera hora. Si ocurriera alguna novedad durante la noche, no dudes en avisarme.

—Vete tranquilo.

Apenas se quedó solo trató de comunicar, sin obtener mejores resultados que su antecesor. La radio permanecía muda, Sólo de cuando en cuando emitía pequeños ruidos, especie de sonidos inarticulados, a buen seguro producidos por el aire.

Para Ritter aquello significaba el fracaso, un fracaso total y absoluto. Había arriesgado mucho en la empresa, aparte de que todo

su prestigio profesional se derrumbaría en cuanto los periódicos diesen la noticia del fracaso del experimento. El volver a empezar en semejantes condiciones, aun siendo hombre emprendedor y decidido, le producía una vaga sensación de hastío, de impotencia, como si el percance de la radio marcase la pauta de todo lo que pudiera hacer más tarde.

El resto de la noche transcurrió entre continuos sobresaltos. Tan pronto tenia la impresión de que establecería el anhelado contacto como le invadía la certidumbre de la inutilidad de las tentativas. Siempre respondía a sus intentos el apagado pitido, especie de locomotora. Era un ruido suave, perfectamente perceptible, que se hacía mayor a medida que pasaba el tiempo.

Por fin, al amanecer, extenuado, cesó en sus esfuerzos. Tentado estuvo de coger la radio y estrellarla contra el suelo, pero se contuvo, aunque a duras penas. Había prevenido hasta el menor detalle técnico, hasta la menor coyuntura desfavorable. No podía aceptar resignadamente que un simple aparato de radio diese al traste con su experimento.

Encendió un cigarrillo, tratando de calmar la desazón que le embargaba con ritmo creciente. Lugo se puso en pie, paseando a lo largo de la habitación. De vez en vez sus ojos se posaban en la radio, con la efímera esperanza de que comenzara a transmitir noticias de los viajeros. Pero el aparato permanecía mudo.

Por la ventana comenzaban a filtrarse las primeras claridades del amanecer. El científico fue hacia la ventana y la abrió de par en par, aspirando con deleite el aire del nuevo día.

A las nueve de la mañana llegó Williams Pould. Ritter, que le esperaba, le dio las noticias negativas, que no produjeron impresión alguna al botánico, a juzgar por su gesto. Parecía como si lo hubiera estado esperando.

—Hay que tomar determinaciones, Williams. No podemos cruzamos de brazos.

—Desde luego. Y cuanto antes lo hagamos mejor. Lo pedemos discutir mientras tomamos el café.

Bill Sanders se les unió al momento. Los tres, en una acogedora y coquetona salita, tomaron asiento, a la espera del desayuno que estaba preparando Elsa.

—El radar no detecta absolutamente nada — anunció Bill

apesadumbrado.

—Ni tampoco la radio. Es una situación embarazosa...

—Lo es; pero no debemos dejarnos vencer por ella. Todavía estamos a tiempo de aplicar los remedios oportunos.

De los tres, Williams Gould era el más optimista, aun cuando en el fondo se sintiera tan fracasado como su colaborador. Sin embargo, hombre consciente, consideraba que no era el momento de abdicar bandera.

—¿Qué crees que podemos hacer?

Latía en la frase una amargura mal contenida. Ritter no daba muestras de la vitalidad que podía suponérsele.

—Hay que discutirlo ampliamente. Lo que quiero es que no os dejéis ganar por el desánimo.

Elsa entró con el café. En cuanto lo hubo servido, se situó a la vera de su padre, acariciándole con afectada indolencia.

— ¡Pobre papá! No debes dejarte ganar por el desánimo. Tú eres un hombre fuerte y animoso, capaz de salvar los mayores obstáculos.

Sonrió tristemente.

—¿Quieres dejarnos, Elsa?

La joven, sin añadir nada más, abandonó la estancia, no sin antes lanzar una sonrisa a los tres, como si con ella quisiera infundirles nuevos y redoblados bríos.

Durante un buen rato permanecieron mudos, absortos, enfrascados en sus propias ideas.

—Y bien — dijo al fin Ritter, inquisitivo.

—Existen pocas soluciones, por no decir ninguna. Al menos, ésa es mi opinión.

Ritter y Williams, centraron su atención en el joven Sanders.

—¿Cuáles son esas pocas, Bill?

—Pues... A mi modo de ver, debemos tratar de ponernos en contacto; es decir, no hay más remedio que continuar intentándolo.

—Ni por un momento he pensado en interrumpir nuestras

tentativas... ¿Qué tienes tú que decir, Williams?

—Aparte de lo que ha dicho Bill, es necesario comunicar con todos los observatorios del país para que nos transmitan el menor indicio que pudieran tener de la astronave.

—Es una buena idea. Tú mismo, Bill, puedes encargarte de ello... Que te ayude Elsa.

—Bien.

Mientras tanto, nosotros seguiremos junto a la radio.

Una hora más tarde estaban tomadas las pocas medidas que habían hallado, únicamente les restaba esperar, bien a que algún observatorio proporcionase noticias, o bien a que la radio saliera de su mutismo, cosa harto improbable.

La situación se prolongó hasta dos días más tarde. Habían terminado de córner y se disponían a ocupar sus respectivos puestos cuando sonó el teléfono.

Ritter, en dos poderosas zancadas, se situó a su lado.

—Ritter al habla.

—Tenemos noticias para usted, Ritter.

—Hable de una vez... ¿Quién diablos llama?

—Es del observatorio de Saratoga Spring. Hace apenas un cuarto de hora acaba de caer su astronave.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo.

Breve pausa.

—¿Ha habido alguna desgracia?

—Ninguna, afortunadamente. La astronave cayó en una pradera, a las afueras de la ciudad.

—¿Qué medidas han tomado?

—La policía ha acordonado los alrededores. Están a la espera de lo que usted diga.

—Bien. Que no toquen nada. Llegaré esta misma noche.

Colgó, encarándose con los rostros de Williams y Bill.

—La astronave ha caído en Saratoga Spring.

—¡Cielos!

—Usted, Bill, prepárelo todo. Salimos Inmediatamente.

* * *

Tras del cordón que formaban los policías, los habitantes de Saratoga Spring se apretujaban los unos contra los otros con ánimo de no perderse el más mínimo detalle.

A menos de cincuenta metros, en la pradera, incrustada en la tierra, se veía la astronave. A regular distancia, y en evitación de un posible incendio, la policía había ordenado colocar varios coches-depósito.

A primera hora de la noche Ritter hizo acto de presencia. La pradera se hallaba iluminada por potentes focos instalados en las bacas de varios coches, situados estratégicamente.

El jefe de policía salió a recibir al científico.

—Le esperábamos, señor Ritter.

El científico se hizo cargo de la situación de una simple ojeada.

—¿Han tocado algo?

—Nada. Simplemente hemos tomado algunas medidas de precaución... Estamos a sus órdenes.

—Bien. Tenemos que abrir la puerta de la astronave cuanto antes. Hay cuatro hombres en su interior.

—¿Cree que estarán con vida después de la violenta colisión?

—Ni lo creo, ni dejo de creerlo; pero es preciso abrir esa puerta.

—Usted dirá lo que debemos hacer.

—Su labor ha terminado. Esta tarea la haremos mis ayudantes y yo. Ordene que concentren la luz de los focos sobre la puerta.

Mientras el jefe de policía se dirigía a dar las órdenes oportunas, Ritter se dirigió hacia el coche en el que habían viajado, seguido de sus ayudantes.

—La abriremos con los sopletes atómicos. Será cuestión de media hora.

—La astronave debe de estar incandescente. Tendremos que protegernos con los monos especiales — advirtió Williams.

Poco después todo estuvo dispuesto. Ritter y sus ayudantas, enfundados en unos gruesos monos, cubierta la cabeza con una escafandra, llevando en sus manos el pequeño soplete atómico, se llegaron junto a la puerta, principiando la tarea de abrirla.

Invirtieron en la operación cerca de una hora. Al fin, la puerta cedió. Los tres retrocedieron hasta el coche, despojándose del mono y la escafandra. El jefe de policía se acercó a Ritter.

—¿Todo bien?

—Sí. Dentro de media hora podremos entrar. Hacerlo ahora seria peligroso.

Todos centraron su atención en la puerta. Los ocupantes no daban señales de vida... Mientras tanto, el minutero seguía corriendo, acercando el momento en que podrían entrar.

—¿Qué crees que les ha podido ocurrir, Richard?

—Lo ignoro... Pero no debemos tener muchas esperanzas, Williams.

Bill no cesaba de consultar el reloj. Sus ojos iban de la esfera a la puerta y viceversa. El nerviosismo se iba apoderando de él.

La gente, entretanto, se iba cerrando más y más, intentando salvar la barrera humana. Sin embargo, los policías, aunque con cierta dificultad, los contenían.

—¿Es ya la hora?

—Faltan unos minutos.

—Da igual... Vamos.

Caminando lentamente, casi tambaleándose, como si el temor se aferrara a sus piernas, llegaron a la puerta. Antes de entrar, los tres intercambiaron una mirada, mezcla de temor y esperanza... Ritter fue el primero en desaparecer en el interior.

La violenta colisión había destrozado por completo los aparatos, así como los mandos. La chapa se hallaba resquebrajada por algunas

partes, la diminuía cocina era un informe montón de chatarra… Daba la sensación de que había pasado por allí un vendaval. Sin embargo, no fue esto lo que les sumió en profundo terror, sino el hecho de que LOS CUATRO HOMBRES NO APARECIAN POR PARTE ALGUNA…

Ritter se dio cuenta de que necesitaba en aquel momento como en ningún otro de toda su sangre fría. El insólito hecho le producía una extraña sensación, como si no pudiera comprender la desaparición de los cuatro hombres.

—Serenaos — pidió a Williams y Bill, que estaban lívidos—. Dejemos las posturas histéricas para mejor ocasión.

—¡Es inconcebible!

—Avisa al jefe de policía, Bill.

Cuando se personó, Ritter fue directo a la cuestión.

—Los cuatro hombres que pilotaban la astronave han desaparecido. Procure que nadie se entere, ni siquiera sus hombres.

El buen hombre se había quedado como el que ve visiones, dudando si tachar al médico de loco o de tacharse a sí mismo.

—Descuide, Ritter.

En seguida principiaron a examinar el interior con más detenimiento. Williams se dirigió hacia el invernadero, seguido de Ritter. La mayoría de las plantas aparecían marchitas, muertas… Solamente una, al parecer arrancada de cuajo, daba la sensación de mantenerse integra.

—¿Qué te sugiere todo esto, Williams?

—No lo sé. Necesito examinarlas con más detenimiento… Pero veo que falta el geranio de Elsa.

—Estará por ahí.

Lo buscaron, pero no apareció. De nuevo se enfrentaban con un hecho extraño. Todas las plantas que embarcaran se hallaban allí… Únicamente faltaba el geranio de Elsa… Había desaparecido.

Ritter, desconcertado, próximo a estallar, se dispuso a salir. La voz de Williams le hizo volverse en redondo.

El botánico sostenía en su mano una planta que, al parecer, se hallaba en perfectas condiciones, es decir, que apenas había sufrido

deterioro.

Era muy semejante a los helechos, aproximadamente un metro de altura, y tenia la forma de un pez en posición vertical. El tallo era continuación de la raíz, y a ambos lados salían una especie de hojas o espículas, terminadas en un agudo pincho.

—Observa esto, Richard... ¡Es incomprensible!

—¿Qué ocurre, Williams? Yo no le veo nada anormal. Es un planta como otra cualquiera.

—Pero ¿es que no te das cuenta? Todas las plantas que coloqué en el invernadero están aquí. Únicamente falta el geranio de Elsa... Y ésta que tengo en la mano...

—¿Que?

Las palabras brotaron lentas, casi agonizantes.

—Que esta planta no estaba en el invernadero cuando partió la astronave.

Un mundo de incredulidad inundó las pupilas de Ritter.

—¡Estás desvariando, Williams! ¿Cómo diablos ha aparecido entonces? Creo que necesitas serenarte. Todos estamos desquiciados...

—No estaba, Richard. Estoy completamente seguro.

El Arme acento que empleaba dejó perplejo a su interlocutor. Poco a poco, mientras su rostro se atirantaba, se le aproximó.

—No sé adónde quieres llegar... Entonces, ¿qué clase de planta es?

—No lo sé.

Las tres silabas fueron otros tantos pistoletazos.

— ¡Que no lo sabes! ¡Eso no es posible, Williams! Eres uno de los mejores botánicos de la nación...

—Es posible, Richard... Pero ningún colega mío podría decirte qué clase de planta es ésta... ¿Sabes la razón? ESTA PLANTA NO EXISTE EN LA TIERRA...

* * *

Por un momento pareció como si la vida se detuviera. Ritter, en el colmo de la sorpresa, permanecía con los ojos fijos en Williams, como hipnotizado. Dijérase que era incapaz de soportar el cúmulo de acontecimientos que se les había venido encima.

Lentamente, como si volviera en si después de muchas horas, se fijó en la extraña planta que el botánico sostenía.

—¿Estás seguro? — pudo balbucir.

—Completamente. Estoy tan asustado como tú.

Había empleado el vocablo preciso. Era cierto que estaban asustados, que un miedo cerval les recorría la médula, electrizándoles.

Bill terminaba su inspección en aquel instante.

—Lo he revisado todo... No hay rastro de los hombres.

—Nosotros hemos descubierto algo mucho más importante, Bill. Tenemos que revisar la astronave con detenimiento.

Invirtieron en ello toda la noche, hasta convencerse de que nada había ya que pudiera proporcionarles alguna luz en el extraño suceso.

La gente, poco a poco, se retiró, dejando el campo libre a la policía y a las autoridades.

Al amanecer, cuando dieron por finalizado el examen del ingenio, Ritter dio las últimas órdenes al jefe de policía.

—Puede proceder al traslado de la astronave. Mientras se realice, procure que no se acerque ningún curioso.

—Bien, Ritter.

Poco después, en el coche que les había llevado, emprendieron el camino de regreso. El botánico llevaba en su regazo la extraña planta, que no cesaba de mirar, cual si todavía dudara de su existencia.

Ninguno habló durante el viaje. Enfrascados en sus ideas, no cesaban de darles vueltas, tratando de buscar una explicación lógica a cuanto había acaecido. Pero, aunque ninguno se lo confesó, no dieron con la tan ansiada explicación.

Era cerca del mediodía cuando el coche se detuvo en la residencia de Ritter. Éste y Bill se apearon. Williams seguía hasta su casa, situada en las afueras de la ciudad.

—En cuanto llegue comenzaré a estudiar la planta.

—¿Cuándo crees que sabrás algo?

—Es difícil precisar; pero seguramente esta misma noche pueda darte las primeras impresiones.

—Entonces iré a verte.

El coche arrancó y se perdió a lo lejos.

CAPÍTULO IV



EÑOR, un caballero desea verle.

Ritter levantó los ojos de sobre la mesa.

—¿A mí? — inquirió con extrañeza.

—Sí.

—¿Ha dicho su nombre?

—Se ha negado... Pero dice que se trata de un asunto urgente.

El científico pareció vacilar. Fue sólo un instante, el tiempo justo para pensar de quién podría tratarse.

—Hágale pasar.

Era un hombre joven, de buena presencia. No llegaría a los treinta. Vestía con exagerada elegancia, y sus ademanes, aunque trataban de ser correctos, eran bruscos, desacompasados.

—Tome asiento — y le indicó la más próxima butaca con un movimiento de mano.

Cuando lo hubo hecho, Ritter Invitó a hablar.

—Usted dirá.

—Me trae algo de suma importancia... Supongo Que se lo habrá dicho el criado.

—Escuche, señor. Mi tiempo es demasiado precioso como para

perderlo tontamente... Le ruego que hable sin rodeos, o venga a verme en otro momento. Ahora no puedo escucharle.

Una sonrisa irónica curvó los labios del joven, que, parsimonioso, como si no se diera por aludido por las anteriores palabras, extrajo un cigarrillo de la pitillera y lo encendió.

—Le interesa oír lo que vengo a decirle, doctor Ritter. Estoy seguro.

—Pues yo no tengo... Y si no tiene nada más que decir, le suplico...

Se había puesto en pie, como dando por concluida la visita. Su interlocutor, sin embargo, no debía pensar lo mismo, ya que permaneció sentado, paladeando el pitillo.

—Me llamo Alfred Carver — dijo con cierta lentitud, intentando dar efecto teatral a sus palabras—. Creo que el apellido le dice algo, ¿no?

Si esperaba causar sorpresa, fracasó rotundamente. Ritter volvió a tomar asiento, al tiempo que le dirigía una mirada explicativa.

—Soy hermano de Lewis, uno de sus conejillos de Indias.

—¿Y quiere decirme el motivo de su visita?

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Lo sé todo.

Esta vez consiguió que el rostro de Ritter reflejara un breve gesto de sorpresa.

—¿Quiere explicarse? Le advierto que me hastía el juego de los jeroglíficos.

—Mí hermano me escribió días antes de que partiera su astronave.

—¿Y qué más?

—He hablado con la policía de Saratoga Spring. Tenían órdenes de permanecer mudos, pero no con los familiares de las victimas... Sé que los tripulantes han desaparecido.

—Electivamente, por desgracia, así es.

—La policía no supo explicarme los motivos de la desaparición... Por eso he venido a verle.

—Entonces pierde el tiempo lamentablemente y me lo hace perder a mí. Tampoco yo puedo decírselo, no porque no quiera, sino por ignorarlo.

—¿Quiere decir que...?

—Se trata de una desaparición harto misteriosa; si. Ahora estamos tratando de esclarecer los hechos.

La noticia parecía sorprender al joven Carver. No obstante, en seguida recobró el aplomo necesario para aparentar indiferencia.

—Mi hermano me escribió...

—Sí, ya lo ha dicho antes.

—En la carta me explicaba las condiciones en que emprendía el viaje... Y dado que su desaparición es evidente, supongo que todos los beneficios recaen ahora sobre mi, su único familiar.

Ritter frunció el entrecejo.

—Me está usted hablando en chino, señor Carver. Hábleme en nuestro idioma y déjese de circunloquios.

—Me explicaré. Lewis me dijo que usted le abonaría una cierta cantidad una vez que estuviese la astronave de vuelta. Como ya está, he venido a cobrarla.

—¡Usted se ha vuelto loco! Yo jamás les ofrecí una cantidad, únicamente les di a elegir entre la silla eléctrica o mi experimento.

—Eso no concuerda, doctor Ritter. Mi hermano no era dado a mentir.

—¿Acaso duda usted de mi palabra?

—No es que dude. Pero usted ha podido pensar que, desaparecidos los cuatro tripulantes, no había nadie que supiera de su convenio. Me parece muy lógica su postura, desde luego, pero...

El galeno se había puesto en pie. Sus ojos parecían despedir fuego.

—Es usted todavía más granuja que su hermano. ¡Salga de casa!

—Saldré cuando me haya pagado. ¿Qué le parecen veinticinco mil los grandes?

—¡Ah! Hasta ahora no me había dado cuenta de que lo que usted pretende es hacerme un chantaje.

—Yo no emplearía esa palabra. Además, le consta que tengo razón.

—¿Puede usted demostrarlo? Antes ha dicho que su hermano se lo escribió. Supongo que conservará la carta, ¿verdad?

—Supone bien. Si no paga…

Sonaron unos golpes discretos en la puerta.

—Pase.

Era el criado otra vez.

—El inspector Nichols desea ser recibido, señor.

Ritter sonrió.

—Que pase… ¿Qué le parece, señor Carver? Llega muy oportunamente. Ahora podremos seguir discutiendo… el chantaje.

Alfred Carver había palidecido. Era evidente que la presencia del policía no entraba en sus cálculos.

—Usted no me ha comprendido, doctor Ritter. He querido decir…

—Pase usted, inspector. Precisamente llega muy a tiempo.

Nick Nichols era un sujeto alto, fibroso, de cabeza cuadrada, amplio tórax y piernas largas. Un pequeño bigote adornaba el labio superior.

—Celebro que sea así… Pero ¿de qué se trata?—Este sujeto quiere hacerme victima de un chantaje, inspector.

Nichols miró por primera vez a Carver. Sus ojos se dilataron, asombrados.

—¡Caramba! Pero si es el amigo Carver. ¿Y dice usted que quiere sacarle dinero? Cuénteme.

—El doctor Ritter ha tomado equivocadas mis palabras, inspector. Usted me conoce y sabe que soy incapaz de una cosa semejante.

—¡Si, eh! No te las des de ingenuo, Carver. Serías capaz de robar a tu propio padre.

Ritter no salía de su asombro.

—¿Conoce a este hombre, inspector?

—¡Que si le conozco! Carver se pasa la mayor parte del tiempo en la cárcel. ¿Cuánto hace que te soltaron?

El joven había perdido su anterior aire de suficiencia. Pálido, ligeramente desencajado, no cesaba de mirar a Nichols.

—Usted sabe que no soy un delincuente habitual, inspector. Es cierto que he estado en la cárcel, pero no por mi culpa.

—Tiene la misma desfachatez que todos los de su calaña. Decía usted, señor Ritter, que ha intentado sacarle dinero, ¿no?

—Así es.

Y le puso al corriente en el acto.

Nichols escuchó la narración sin pestañear, como si fuera habitual escuchar cosas parecidas. Cuando Ritter concluyó, su rostro se tornó grave.

—El chantaje está penado por la ley, Carver. Creo que esta vez vas a pasar una buena temporadita a la sombra.

Alfred rió nerviosamente.

—No irá usted a detenerme sólo porque el doctor Ritter afirme que he intentado sacarle dinero, ¿eh? Mi palabra vale tanto como la suya, y puedo decirle que ha interpretado mal los motivos de mi visita. He venido porque deseo saber lo que le ha ocurrido a mi hermano, Estoy en mi perfecto derecho.

—Eres un perro, Carver; un perro listo. Evidentemente no creo nada de lo que dices, pero no puedo detenerte. Puedes marcharte.

—Quiero saber lo que le ha pasado a Lewis. No me iré en tanto el doctor Ritter no me dé una explicación satisfactoria.

—Vuelvo a repetirle que nada sé, señor Carver. Es preferible que se vaya. El inspector es condescendiente, y yo también quiero serlo.

El joven se puso en pie. Prendió un nuevo cigarrillo, cual si quisiera apaciguarse, y dijo:

—Está bien; me iré. Pero volveré a verle, doctor. Quiero saber lo que le ha ocurrido a mi hermano, y no cejaré hasta tanto no lo consiga. Ni usted ni el inspector pueden impedírmelo.

—Es mejor que se largue, Carver. Está agotando mi paciencia. No me obligue a meterle en cintura.

Lanzó una bocanada de humo al aire, hizo un gesto chulesco y, por fin, desapareció.

—Estos hampones de vía estrecha me revientan — bufó el inspector —. Lo cierto es que en el fondo no son malas personas. Pero nadie se ha molestado en enseñarles el buen camino.

—Sí, inspector. Creo que gran parte de culpa la tiene la sociedad. Pero usted ha venido a hablarme, ¿no es así?

—Cierto, señor Ritter. Me han designado para investigar el caso de su astronave.

—El caso de mi… No le entiendo.

—Cuatro hombres han desaparecido…, digamos que en circunstancias extrañas. Es asunto que compete a la policía, ¿no cree?

—¡Oh! Pero ¿qué pueden ustedes hacer? Supuse que la cosa no revestiría apenas importancia.

—La tiene, y mucha. No todos los días desaparecen cuatro hombres de la forma que han desaparecido sus tripulantes. Claro está que comprendemos las dificultades que el asunto entraña; pero, pese a todo, es nuestra obligación fisgar y de ser posible llegar a una conclusión. Ya sabe, simples trámites burocráticos. Al fin y al cabo eran los cuatro carnes de horca.

—Bien. No tengo nada que oponer. Pero, en síntesis, ¿qué es lo que desea usted saber?

—Por ahora nada. Traigo bien aprendida la papeleta. Sé todo lo concerniente a su invento, así como la forma en que fueron enviados los cuatro sujetos en cuestión. Mi deseo es que me permita estar presente en todas sus experiencias para de esta forma ver si es posible aclarar algo.

—Cuente con ello, inspector. Tanto mis ayudantes como yo estamos trabajando para llegar al esclarecimiento del misterio. Sin embargo, he de advertirle que el asunto de los tripulantes, aun siendo de sumo interés, lo hemos relegado a segundo término. Hay algo que

nos interesa mucho más.

—En cambio, para la policía es lo único interesante en este endemoniado asunto. Supongo que su interés será de tipo científico, ¿verdad?

—Exactamente. En la astronave encontramos una planta extraña que no existe en nuestro planeta. En estos momentos el botánico William Gould, uno de mis ayudantes, permanece en su laboratorio estudiándola.

Nichols se encogió de hombros.

—Yo no entiendo una patata de eso… Pero a juzgar por su acento deduzco que se trata de algo importantísimo.

—Si conseguimos desentrañar el misterio de esa planta habremos dado con la clave de todo el asunto.

—Bien. Lo único que deseo es acompañarle.

—Precisamente esta misma noche he quedado en ver a mi colaborador… Puede empezar su tarea si es su gusto.

—Desde luego. ¿A qué hora puedo venir a recogerle?

—¿Le parece bien a las nueve?

—Sin falta… Ha sido un placer, señor Ritter. Espero que con su valiosa ayuda pueda llevar mis investigaciones a puerto feliz.

—Gracias, inspector… Le espero a las nueve.

* * *

La casa de Williams Gould se hallaba en las afueras de la ciudad. Era una mansión de una sola planta, circundada por un extenso jardín, al fondo del cual el botánico había instalado su invernadero, en el que pasaba la mayor parte del día.

El coche frenó con cierta brusquedad frente a la puerta de entrada. Ritter fue el primero en apearse para dirigirse hacia la valla que daba acceso al edificio.

En la puerta, cuando ya había llamado, se le unió Nichols.

—¡Brrr! La noche promete ser fría. No nos hubiera venido mal una copita de coñac, ¿no le parece, señor Ritter?

—Supongo que sí, inspector. Pero mi estómago no soporta cierta clase de bebidas.

Nadie acudía. Ritter insistió de nuevo, sin obtener mejor resultado que la vez anterior.

—¿Está seguro de que le espera?

—Debe de estar en el invernadero y no nos oye. Venga por aquí.

Bordearon el edificio, hasta alcanzar la parte trasera. Al fondo, perfectamente iluminada, se veía la extensa nave encristalada.

—Sigue trabajando, por lo que se ve.

Nichols lo observaba todo con creciente expectación. Hombre de escasa cultura, no podía ver con tranquilidad la serie de aditamentos que necesitaban los «tipos listos», como él decía.

—Vive bien su colaborador — comentó.

—La ciencia, en la mayoría de los casos, no suele dar para tanto, inspector. El caso de Williams es la excepción.

Habían llegado junto a la puerta de madera. Los nudillos de Ritter entraron en contacto con la jamba, que se venció hacia atrás... Estaba abierta.

Penetraron en una sala de regulares dimensiones. A ambos lados, junto a la pared, encerradas en vitrinas de cristal, se veían diversas clases de plantas, que producían admiración en el profano. El entendido se hubiera dado cuenta de que toda la flora terráquea se hallaba presente en el invernadero de Williams Gould.

—¡Williams! — llamó Ritter.

No obtuvo respuesta.

—Está tan ensimismado en sus cosas que no oye.

Se dirigieron hacia la puerta del fondo. El inspector no cesaba de mirar y remirar las plantas.

La mano de Ritter se posó sobre una de las hojas.

—¡Willi...!

Habla abierto. Desde el dintel observaron la nave. Las plantas se hallaban colocadas como en la anterior, si bien dejaban el espacio

suficiente para varias mesas, situadas casi en el centro, en una de las cuales podían verse diversos microscopios. Junto a un taburete, en el suelo, como un guiñapo, se hallaba el botánico.

Los dos se dirigieron hacia él.

—¡Williams!

Nichols fue el primero en llegar. Se inclinó y lo volvió de frente. Los ojos inmensamente abiertos de Williams parecieron como si quisieran taladrarle... le auscultó.

Ritter era el vivo retrato del estupor.

—¿Qué?

Pasaron unos segundos. La mano del policía seguía sobre el corazón. Levantó la cabeza, consternado.

—Ha muerto.

— ¡No es posible! Pero ¿cómo ha podido ocurrir?

—Mírele usted mismo, doctor.

No había duda alguna. Williams Gould estaba muerto. Examinaron el cadáver, pero no encontraron ninguna señal de que hubiera sido golpeado, ni ninguna herida. Ritter no sabía qué pensar. Nichols, más habituado, principió su interrogatorio o especie de interrogatorio.

—¿Tenia alguna enfermedad que pudiera hacer prever...?

—Ninguna, que yo sepa. El cadáver no presenta señal alguna. Eso quiere decir que la muerte es natural.

—Creo que sí, señor Ritter. Por eso le pregunté si padecía alguna enfermedad.

—De todas formas, la autopsia revelará los motivos de la muerte. La efectuaré yo mismo, si usted no se opone.

Nichols movió la cabeza a uno y otro lado.

—Puede hacerlo. El forense de la policía le agradecerá que le libre de este trabajo.

Mientras el inspector permanecía junto al cadáver, Ritter recorrió la nave. El primer descubrimiento que hizo le sumió en serias

meditaciones... LA EXTRAÑA PLANTA HABÍA DESAPARECIDO.

El policía se le unió al cabo de un rato. El científico lo puso al corriente.

—¿Eso es grave?

—No lo sé, inspector. Pero la desaparición de la planta lo complica todo. Ya no podremos seguir investigando en ella.

Pasaron a la nave siguiente. Todo parecía en orden. Sin embargo, en seguida vieron que no era así. Una de las paredes de cristal había sido rota, como si alguien hubiera salido por allí. Este detalle atrajo la atención de Nichols y, en cambio, no produjo la menor impresión en Ritter. Pero para éste no habían terminado los quebraderos de cabeza. Al acercarse a examinar las vitrinas del rincón de la izquierda vio con profundo terror que no había en su interior una sola planta. Y en aquella parte, lo recordaba perfectamente, Williams Gould tenía su magnífica colección de geranios... TODOS HABÍAN DESAPARECIDO, AL IGUAL QUE LA PLANTA DESCONOCIDA...

Lo más sorprendente es que la raíz aparecía cercenada en su nacimiento, lo cual presuponía que el autor tuvo que levantar las vitrinas, llevar a caco la meticulosa operación y volver a colocarlas... De lo contrario, el vidrio estaría roto.

—Voy a avisar a los peritos en huellas — dijo Nichols, acercándosele —. El autor del crimen ha escapado por la ventana rota... Procure no tocar nada.

—Descuide.

Media hora más tarde la casa se llenó de policías. El cadáver fue trasladado a la morgue, lugar donde se llevaría a cabo la operación de la autopsia, por manos del doctor Ritter. Este se dispuso a partir. Antes de hacerlo se despichó de Nichols.

—Haré esta misma noche la autopsia, inspector.

—Siento no poder acompañarle; pero pasaré mas tarde por su casa.

—Le estaré esperando.

Mientras se dirigía hacia el edificio de la morgue, Ritter no dejaba de pensar. Pero no se atrevía a formar juicios «a priori». Era evidente, desde luego, que algo anormal sucedía. Mas ese algo escapaba a cuantas hipótesis formulaba, como si la razón humana estuviera

incapacitada para explicar ciertas cosas.

La planta desconocida debía de tener estrecha relación con los geranios, a juzgar por la desaparición del que Lisa llevara a la astronave y los que formaban la colección de Williams Gould. Corroboraba esta tesis el hecho de que ninguna otra clase de planta había desaparecido, ni de la astronave ni del invernadero... Pero estaba muy lejos de poder precisar qué clase de relación existía.

CAPÍTULO V



RAN cerca de las tres de la madrugada cuantío Nichols llegó al domicilio de Richard Ritter. Éste, una vez terminada la desagradable tarea, se hallaba aguardándole.

El inspector era hombre acostumbrado a tratar con toda clase de sujetos, por lo que se preciaba de conocer su estado de ánimo examinándoles. Así, nada más estrechar la mano del científico, predijo «in mente» que algo grave sucedía. Por eso, no se anduvo con rodeos.

—Adivino que no tiene muy buenas noticias.

—Por desgracia es así. Todavía no me he repuesto de la impresión, inspector. Son demasiadas circunstancias extrañas las que se vienen contra mí, para que haya podido hacer mi composición de lugar. Aparte de que me encuentro incapacitado...Seria inútil que tratase de explicar cuanto ocurre... Lo desconozco por completo.

—¿Llevó a cabo la autopsia?

—Sí.

—Muerte natural, ¿no?

—Estábamos equivocados. Williams Gould ha sido asesinado.

No era muy fácil que Nichols se sorprendiera, pero no pudo evitarlo. Sus manos se movieron como aspas de molino, en una verdadera ráfaga de nerviosismo.

—¡Pero si el cadáver no presentaba ninguna señal! Nosotros mismos lo comprobamos. ¿De qué murió?

—A mi colaborador le asesinaron de una forma que ignoro. Pero estoy seguro de que se trata de un asesinato.

—¿No puede ser más claro? Mi inteligencia no da para tanto.

—Lo seré... Al no encontrar nada en el estómago del muerto, le abrí el cráneo... Y di con lo que buscaba — aclaró.

—¿Qué?

—Williams Gould NO TENIA CEREBRO.

Por mucha entereza que tuviera Nichols no era suficiente para resistir la increíble noticia. El policía se había quedado de una pieza, alelado, confundido, mirando a Ritter como si se tratara de un fantasma tenebroso.

— ¡No es posible!

—Lo es. Puede verlo cuando quiera. He ordenado que dejen el cadáver en la morgue, para continuar investigando en él. Espero encontrar la solución al enigma.

Nichols dio unos pasos vacilante. Luego, con gesto dubitativo, se acercó al galeno.

—Estoy pensando que usted no juega limpio, señor Ritter... Perdone si le parezco rudo, pero no sé expresarme de otra forma.

—No acierto a comprender lo que quiere decirme, inspector. Jamás he jugado sucio, como usted dice, y menos lo haría en esta ocasión. Presiento que un peligro desconocido se cierne sobre nosotros, un peligro poderosísimo que cuenta con armas de las que no disponemos... Pero no sé nada más.

—Usted muy bien podría ocultarme algo, por considerar que..., digamos que no le conviene que yo sepa. He oído decir que los hombres de ciencia utilizan mucho las palabras secreto profesional.

—Quisiera poder convencerle de que se equivoca, pero no sé de qué manera. Le he dicho lo que, hipotéticamente, pienso de cuanto ha sucedido. Si lograra descifrar la clave, no dude que se lo diría.

No pareció quedarse muy conforme con las palabras de Ritter, pero se abstuvo de seguir preguntando. Aunque policía, consideraba

que aquél no era el momento oportuno para dar principio a los interrogatorios.

—Bien... Es ya demasiado tarde. Mañana quizá no pueda venir, señor Ritter. Este endemoniado asunto me trae de cabeza.

—Si dispone de tiempo libre, vaya a verme a la morgue. Estaré allí todo el día, inspector.

—Lo haré.

Salió con él hasta la puerta. Poco después, la casa quedó sumida en la oscuridad.

* * *

Elsa mordisqueó la golosina con delicada fruición, al tiempo que se acomodaba en el diván.

—¿La señorita desea que le sirva el desayuno aquí? — preguntó de repente el criado desde la puerta.

—Gracias, Ciwell. Eres muy amable.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Ciwell se dispuso a acudir.

—Iré yo, Ciwell —dijo la muchacha, incorporándose.

Abrió. En el marco se recortó la silueta de Alfred Carver, que examinó a Elsa con todo descaro.

Cuando terminó, al parecer satisfecho del «reconocimiento», esbozó una conejuda sonrisa.

—Quisiera hablar con el doctor Ritter.

—Papá no está.

— ¡Oh! ¡Qué contratiempo! ¿Sabe usted si tardará mucho?

—Lo ignoro. Pero le aseguro que está muy ocupado. Eso es todo lo que puedo decirle.

—Si, la creo... Pero, no obstante, ¿podría decirme dónde le puedo encontrar? Mi asunto no admite demora.

Elsa se estaba preguntando quién seria aquel sujeto. Su padre le había comunicado la visita de un hermano de Carver, y se preguntaba

si no sería aquél. Decidió salir de dudas.

—Pase usted, señor… — y dejó flotando el resto.

Él completó:

—Carver, señorita; Alfred Carver.

—Pase, señor Carver. Quizás el criado sepa dónde se encuentra.

Ciwell no sabía nada. Se limitó a decir que el señor Ritter había salido a primera hora de la mañana, pero que no había dicho adonde iba. Sin embargo, antes de partir, le oyó hablar por teléfono con cierta persona, a la cual dijo que pensaba examinar el cadáver del señor Gould.

Cuando se hubo retirado, Elsa se volvió hacia el joven, que parecía muy apenado, como si la imposibilidad de dar con el galeno revistiera gran importancia.

—Lo siento, señor Carver. Vuelva usted más tarde. Quizá ya esté de regreso.

—El caso es que… Bueno, no sé si estará al corriente de los negocios de su padre; pero prometió que hoy me entregaría cierta cantidad…

La joven, que se hallaba enterada del intento de chantaje, sintió que la sangre se le subía a la cabeza. No sabía si lo que la exasperaba era la actitud indolente del hombre o su desfachatez.

—Usted es un vulgar chantajista —censuró, sin poder contenerse —. Estoy al corriente de sus actividades.

— ¡Oh! Veo que su padre ha llenado esa bonita cabeza de pájaros. No me crea tan malo, señorita. Le estoy diciendo la verdad.

—Es usted un…

—Es una lástima que una joven tan atractiva hable de esa forma. Es usted demasiado guapa. Se lo habrán dicho muchas veces, ¿no?

Al tiempo que hablaba, dio unos pasos hacia Elsa; ésta se echó hacia atrás.

—¡No me toque! ¡Me da asco!

Se detuvo.

—¿Asco? Usted acaba de herir mis sentimientos, señorita. Cree que soy del mismo barro que mi hermano y los otros, y se equivoca. Es posible que las circunstancias me obliguen a proceder de esta forma, pero tengo más corazón que usted, con todo su puritanismo. Es cierto que necesito una cantidad. Estoy en un apuro, ¿sabe? Y únicamente me puede sacar de él su padre… Pero estoy dispuesto a devolverle el dinero.

Era amargo el tono empleado. Se había puesto serio, depuesta su actitud callejera. La verdad parecía aflorar a sus labios como un manantial en tierra virgen.

—¿Supone que me va a convencer?—No es ésa mi pretensión. Tan sólo he querido demostrarle que soy tan humano como usted.

Siguió un largo silencio. Elsa dudaba. En aquel instante hubiera jurado que Alfred Carver era sincero, que no trataba de engañarla.

—Si usted hablara a papá como lo ha hecho, estoy segura de que le entregaría lo que necesita.

—Creí que amenazándole podría sacárselo con más facilidad. ¡Si pudiera localizarle!

—Ya ha oído al criado. Está examinando el cadáver del señor Gould. Si lo desea, puedo llevarle a casa del botánico. Es casi seguro que esté allí.

—¿Sería usted capaz de acompañarme?

—¿Por qué no? Si no ha mentido, acaba de demostrar que puede ser tan caballero como el que más. Venga.

Poco después, el automóvil tomaba el camino de la mansión de Williams Gould. Durante el trayecto, ninguno pronunció una sola palabra, como si Elsa concentrara toda su atención en el volante, y Carver estuviera dándole vueltas a su situación con todos sus problemas.

Cuando llegaron, Carver se dirigió hacia la puerta, pero Elsa le detuvo.

—Llegaremos antes por el jardín. Papá estará en el invernadero.

La puerta estaba abierta.

—¡Papá!

Silencio.

Carver no supo ocultar su disgusto.

—Hemos hecho el viaje en balde — murmuró.

Sobre una pequeña mesita divisó varios útiles del fallecido botánico, entre ellos una cámara fotográfica.

—¿También la necesitaba para sus experimentos?

—Sí, sí... La fotografía es muy importante en esta clase de trabajo.

La dejó sobre la superficie de madera, luego de haberla examinado con detenimiento.

—¿Qué podemos hacer?

Elsa se pellizcó el labio superior. Fue un gesto poco femenino.

—Lo siento por usted. Pero no sé dónde pueda estar papá.

— ¡Qué se le va a hacer! No me quedará más remedio que esperar.

Ambos observaron la nave. A la pálida luz de la mañana, las plantas se proyectaban contra la pared, y sus sombras cobraban extrañas y retorcidas formas. En el ambiente se respiraba un hálito de intranquilidad... Elsa, sin saber la razón, sintió miedo.

—Vámonos — dijo.

Fue un ruido seco, casi un chasquido, provenía de la puerta. La joven, nerviosa, se refugió en los brazos del hombre, que no se había inmutado.

—¿Qué le ocurre?

—Ese ruido... — y se apretujó más.

—Ahora no le doy asco, ¿verdad? — musitó cínicamente.

Ella se apartó con cierta brusquedad.

—Es usted un...

—Es la segunda vez que no encuentra el calificativo que mejor me cuadra, señorita... Pero no se asuste por un simple ruido. Es el aire.

De nuevo se produjo. Los dos miraron hacia la puerta... Y

ENTONCES LO VIERON.

Era algo repugnante e increíble, una alucinación de los sentidos. Con los ojos desorbitados, abierta la boca, temblando de terror, no cesaban de mirar a la aparición... SE TRATABA DE LA PLANTA MISTERIOSA QUE DESAPARECIERA CUANDO ASESINARON A WILLIAMS GOULD.

Se había operado en ella una gran transformación. Ahora tenía más de metro y medio de altura.

La raíz se había bifurcado en dos, y le servían para desplazarse. Irradiando del tallo, a uno y otro lado, partían una serie de finísimas espículas, terminadas en una especie de ventosa, con un agujero o canal... LA PLANTA SE MOVÌA, PODÌA CAMINAR COMO CUALQUIER SER HUMANO.

Sus movimientos eran lentos, pero firmes y seguros. Avanzó hacia el joven Carver, quien, percatado del peligro, se recuperó, disponiéndose a defenderse.

Elsa daba cortos gritos, como si fuera presa de un ataque de histerismo, o quisiera decir algo sin conseguirlo.

Una corta barra de hierro se interpuso ante su mirada. La asió con ambas manos por uno de los extremos, aL tiempo que gritaba:

— ¡Apártese, señorita!

EL grito tuvo la virtud de infundir ánimos a Elsa, que volvió a la realidad, percatándose de cuanto ocurría.

El monstruo dio unos pasos hacia Carver. Las espículas se cerraron hacia adelante, como si quisieran abrazar a su oponente. Un abrazo que era mortífero, caso de llegar a efectuarse.

La barra basculó a izquierda y derecha, hasta caer sobre la planta con musitada violencia. Pero el golpe no hizo efecto alguno. El hierro rebotaba contra las espículas.

Dos sensaciones se imponían en el cerebro del joven. De un lado, la impresión de terror; de otro, la firme convicción de que debía defenderse como pudiera. Y esta última era mucho más fuerte que la primera, hasta el extremo de llegar a anularla por completo.

Nuevamente golpeó con la barra, y otra vez rebotó sobre el cuerpo de la planta, que seguía su inexorable avance. Carver se había ido replegando hacia el centro de la nave, de forma que Elsa quedaba

ya a un lado.

—¡Tome usted fotografías, señorita! —le gritó el hombre, sin cesar de moverse.

Los nervios de la joven no estaban para eso; pero haciendo un gran esfuerzo, tomó la cámara en sus manos y se dispuso a cumplir lo que le mandara Carver.

La planta no cesaba de mover las espículas de atrás adelante, intentando abrazar al joven. Una de las veces, la barra quedó aprisionada entre ellos y se quebró por la mitad, dejándole desarmado.

Carver se vio perdido. El horroroso monstruo le llevaba hacia la pared. Y allí no tendría oportunidad de escapar.

—¡Huya usted, señorita! Ponga el coche en marcha.

Elsa emitió una especie de sollozo.

—¿Y usted?

—Iré en cuanto pueda… Pero, por Dios, no se entretenga.

Cuando se quedó solo, tuvo la impresión de que nunca más saldría de allí. Estaba desarmado, y a su alcance no había nada que le pudiera servir de medio defensivo.

Sus espaldas chocaron contra la pared. Muy cerca se iniciaba la gran pared de cristal… ¡Si pudiera alcanzarla!

De pronto, un líquido negruzco le cegó. Había salido de las espículas de la planta. Trató de abrir los ojos, pero no pudo. Tenía la impresión de que acababan de soldarle los párpados… ¡Ya no tenía salvación posible! Estaba a merced de aquel sanguinario monstruo!

Algo flexible le asió por los hombros… Las espículas se fueron cerrando con lentitud… Sintió un doloroso pinchazo en el cráneo, en el hueso temporal.

Sacando fuerzas de flaqueza, se dejó caer, hurtando así el cuerpo a las espículas. En seguida rodó por el suelo, hasta detenerle una de las vitrinas… Se puso en pie… Nuevamente quiso abrir los ojos, pero sólo lo consiguió a medias… Apenas veía. Todo eran sombras… El monstruo volvía a la carga, avanzando hacía él… Al fondo, frente a él, creyó ver la enorme pared de cristal… No lo pensó mucho. Cerró los ojos, tomó impulso y se lanzó como un torbellino sobre ella.

Se encontró en el jardín. Las manos y la cara le escocían... Se había cortado con el vidrio. Tambaleándose, se incorporó. Seguía sin ver apenas nada. Fue caminando, vacilante, hacia el lugar de donde provenía el ruido del motor... Tropezó con algo... La tierra se le introdujo en la boca...

—¡Señorita! ¡Señorita! — demandó, en el colmo del pavor.

Dio unos furiosos manotazos sobre el suelo, como si maldijera su impotencia para poder valerse, por sí mismo. En uno de ellos, las manos toparon con el fino tobillo femenino.

—¡Oh, cielo santo! ¿Qué le ha ocurrido?

Lléveme al coche... No pierda tiempo... Creo que estoy ciego.

—¿Qué le ha ocurrido? ¡Hable usted, por Dios!

—Vámonos de aquí cuanto antes. El monstruo puede venir.

Elsa lanzó una rápida mirada hacia la puerta del invernadero. Al no ver nada, lanzó un suspiro de alivio, y se dispuso a ayudar a Carver.

Apenas llegaron al coche, arrancó a toda velocidad, perdiendo de vista la casa en pocos segundos.

—¿Se siente más aliviado?

No contestó. Se pasó las manos por los ojos, intentando abrirlos. Le fue absolutamente imposible.

—No veo, señorita; no veo absolutamente nada.

Era una voz acongojada, próxima al llanto. —Le llevaré a una clínica. ¡Si supiéramos dónde está papá!

—Lléveme a la clínica, se lo ruego.

El coche enfiló las primeras calles de la ciudad.

CAPÍTULO VI



UANDO Elsa terminó de hablar, Richard Ritter se encerró en un largo mutismo, mientras daba grandes zancadas por el despacho.

La muchacha le observa a intervalos, sin atreverse a interrumpir el curso de sus pensamientos.

—¿Y dices que has conseguido alguna foto?

—Pues... creo que sí. Estaba muy nerviosa, asustada... No sé si habrán salido.

—Bill las revelará. Llévale la cámara. Antes de que saliera, la voz del científico se dejó oír de nuevo.

—Voy a visitar a Carver, Elsa. Si viniera el inspector Nichols, le dices que me espere. —Bien, papá.

Bill se hallaba en el laboratorio. Cuando vio entrar a Elsa, una amplia sonrisa distendió el rostro del ayudante.

—Hola, Elsa.

—¿Cómo le va, Bill? Papá le ruega que revele estas fotografías, con la mayor brevedad... Se trata de algo muy importante.

Dejó la cámara sobre la mesita y se dispuso a salir. Bill la tomó de un brazo.

—espere... Hace tiempo que deseaba verla a solas, Elsa. Es que...,

bueno, usted ya me entiende. Yo quisiera decirle que…

—No siga, por favor. En estos instantes no podría contestarle.

—¿Es que existe otro hombre?

—No es eso, Bill. Le suplico que no me pregunte nada.

Entretanto, Ritter llegaba a la clínica en la que Elsa había hospitalizado a Alfred Carver. Al instante fue recibido por el doctor, que acababa de examinar al joven.

—El percance carece de importancia, doctor Ritter. Por fortuna, llegamos a tiempo. Sin embargo, hay algo que me ha extrañado profundamente.

—¿A qué se refiere?

—La sustancia que le lanzaron a los ojos es totalmente desconocida. El análisis químico no ha revelado nada acerca de su naturaleza… Estoy confundido.

—Hay muchas cosas extrañas en este asunto, colega. ¿Puedo hablar con el enfermo?

—Desde luego.

Alfred Carver tenía una venda sobre los ojos. Se hallaba en la cama, completamente boca arriba. Al oír la voz conocida, pareció como si se aliviara.

—Hola, doctor Ritter. ¿Se lo ha dicho todo su hija?

—Sí, Carver; pero necesito que me lo cuente usted… Y procure no omitir ningún detalle, por poco interesante que le parezca.

Empleo un cuarto de ñora en narrarle punto por punto su pelea con el monstruo. Al finalizar, Ritter se abstuvo de hacer comentarios.

—Tengo que dejarle, Carver. Vendré a verle en cuanto disponga de tiempo.

—¿Es grave lo que tengo, doctor Ritter? Le ruego que no me engañe.

—Puede estar tranquilo. Dentro de tres días podrá salir a la calle. Volveré a verle.

Al llegar a su casa, Elsa salió a recibirle.

—¿Llegó el inspector?

—No.

—¿Y las fotos?

—En la mesa del despacho. Han salido todas.

Eran realmente alucinantes. El científico parpadeó varias veces, sorprendidísimo. Una cosa era escuchar la narración de Elsa y Carver, y otra verlo impreso en la cartulina.

Se incorporó, dirigiéndose al laboratorio. En el camino se cruzó con Ciwell.

—En cuanto llegue el inspector, me avisa, Ciwell Estaré en el laboratorio.

A primera hora de la tarde, Nick Nichols hizo acto de presencia. Ritter se encerró con él en el despacho.

—Fui a buscarle a la Morgue, señor Ritter.

—Terminé antes de lo que esperaba.

—¿Dio con algo de interés?

—Si... Pero han ocurrido muchas cosas desde ayer, inspector. Creo que no está usted al tanto.

—Le confieso que no.

—Tenga, mire estas fotos — y se las tendió al inspector.

No le perdió de vista mientras las miraba. Así pudo ver que al primitivo gesto de sorpresa, sucedía otro de miedo, de asco, para dar paso a un postrero de incredulidad.

Se las devolvió, perplejo.

—¿Son reales? — dijo, por preguntar algo.

—Como usted y como yo... Carver fue atacado hace apenas una hora por el monstruo-planta.

—¡Es inaudito!

—Todavía no he terminado, inspector. Cierta vez me dijo que sospechaba que pudiera jugar sucio, creo que esas fueron sus palabras, y le voy a demostrar que estaba equivocado. Escúcheme con atención.

Creo que ya puedo explicar cuanto ha acaecido hasta el momento presente.

—Hable. Me tiene sobre ascuas.

—Me remontaré al principio, en el momento en que la astronave solió de la órbita terrestre. Por una u otra causa, que desconozco, un átomo o partícula de la vida espacial, de esa vida desconocida para nosotros, penetró en el interior y encontró medio ambiente para seguir viviendo en el geranio, al que concluyó por hacer desaparecer, en una labor de tipo fagocitario. Durante el tiempo que invirtió en esta operación, los cuatro tripulantes no repararon, y cuando se quisieron dar cuenta, la nueva planta que se había originado, acabó con ellos de la misma forma que hizo con Williams Gould; es decir, les absorbió el cerebro.

—Entonces, ¿cómo no encontraron sus cuerpos?

—Tiene fácil explicación. La planta necesitaba alimentarse, y al no disponer de nuevos individuos, se vio obligada a subsistir a costa de los cuatro cuerpos, a los que, lo mismo que al geranio, consumió; es decir, los destruyó, por completo, sin dejar rastro alguno.

—Bien. Continúe.

—Luego, la astronave cayó a tierra. Mi colaborador y yo encontramos la planta, desconocida en nuestro planeta, y decidirnos hacer las primeras averiguaciones con ella. Para ello, Williams se la llevó a su laboratorio. Cuando fuimos a visitarle, como recordará, lo encontramos muerto y, al hacerle la autopsia, se puso de manifiesto que no tenía cerebro. El proceso de la muerte debió de ser de esta manera: mientras la examinaba, la terrible planta sintió necesidad de alimentarse y atacó a Williams de la forma que vemos atacar a Carver en las fotos. No le dio tiempo a defenderse, aferrándole mediante las espículas, inmovilizándole por completo. A renglón seguido, una de las espículas superiores taladró el hueso temporal de la víctima, llegando el cerebro, al que absorbió totalmente, mediante una especie de boca, citostomo o trompa succionante que lleva la mencionada espícula. Luego, de la misma manera que había hecho en la astronave, acabó con la espléndida colección de geranios y se dio a la fuga. Pero no fue muy lejos. Por eso, cuando esta mañana fueron mi hija y Carver, la planta, atraída por la presencia humana, les atacó... El resto ya lo sabe usted.

Nick Nichols había entendido perfectamente la explicación del doctor, ya que éste tuvo buen cuidado de no incurrir en el error de

explicárselo en términos científicos.

—¿Cómo descubrió lo de la absorción del cerebro?

—En el cadáver de Williams Gould. Al levantar el cuero cabelludo, encontré el agujero en el hueso temporal. Más tarde fui a hablar con Carver y me dijo que, cuando le atacó, también había sentido un pinchazo en el mismo sitio.

—¿Y por qué absorbe el cerebro y desprecia el resto del cuerpo?

—Todavía no lo sé con certeza, inspector. Pero creo acertar si le digo que el monstruo-planta tiene dos naturalezas: vegetal y animal. Para mantener con vida a la primera, necesita alimentarse de geranios; mientras que a la segunda son las cefalinas y lecitinas del cerebro las que le permiten seguir desarrollándose.

—¡Pero eso es insólito! No tiene ni pies ni cabeza.

—Para nuestra mente de terrestres puede que sea así. Pero, ¿se ha detenido a pensar alguna vez en la forma de vida del espacio, de ese espacio que nos es absolutamente desconocido? Considere este punto durante un breve instante, y verá como ya no le resulta tan inaudito.

—Es posible… Lo que no comprendo es por qué esa endemoniada planta tiene instintos criminales.

—Yo sí. Quizás en un principio fuera un ente amorfo, carente de sensaciones de toda índole. Pero, al absorber los cuatro cuerpos, adquirió el hábito de matar… TENGA PRESENTE QUE ERAN LOS CEREBROS DE CUATRO CRIMINALES NATOS.

—¡Oh! Entonces, si hubieran sido personas de bien, no hubiera adquirido esos instintos, ¿no?

—Así es. Al menos, ésa es mi teoría. Puedo estar equivocado, pero casi estoy por asegurar que no.

Nichols dio un corto paseo, quedando de espalda a Ritter. De repente, se volvió.

—De lo que se deduce que una amenaza horrible se cierne sobre nuestras cabezas, ¿no es así?

—Desgraciadamente… Pero todavía no he terminado de darle noticias, inspector.

—¿Todavía más? — preguntó escamado.

—He estado examinando al microscopio las fotografías, y puedo afirmar sin temor a equivocarme que el monstruo-planta está próximo a reproducirse... ¿Sabe lo que eso significa?

—Quiere usted decir que va a tener descendencia, ¿verdad?

—Eso mismo. ¿Se hace cargo de lo que ocurrirá, si no lo impedimos? Por lo que he visto, se reproduce por un método que nosotros llamamos escisión; es decir, que el cuerpo madre se divide en dos, estos dos en cuatro y así sucesivamente. En menos de un año, nuestro planeta estará lleno de monstruos-planta.

—¡Y lo dice usted tan tranquilo, Ritter! ¿No se da cuenta de que estamos condenados a morir irremisiblemente?

--Claro que me la doy... Pero no es momento de discutirlo, sino de poner remedio.

—¿Cree que lo hay?

—Se buscará. Tengo una idea que puede dar óptimos resultados. Al monstruo se le puede poner un cebo.

—¡Un cebo! Usted delira. ¿Cree que se prestará alguien al experimento, sabiendo que le pueden absorber el cerebro?

—No me ha comprendido. Olvidémonos ahora de la parte animal. Es la vegetal la que nos interesa. Y, dado que la planta se alimenta de geranios, pues le ofreceremos geranios. De esta forma la atraeremos hasta el lugar que nos convenga.

—¿Y si esto fracasara?

—Buscaríamos otra solución. Lo que no podemos hacer es cruzarnos de brazos y esperar a que nos aniquilen.

—Mi deber de policía me dice que no debo callar... Y usted también está obligado a decir cuanto ocurre.

—¿Qué quiere? Que hable por radio a toda la nación y le diga: ¡Cuidado, terrestres! La raza humana será aniquilada de aquí a un año... Extraños y horripilantes seres de otro mundo han invadido a nuestro planeta, enarbolando la bandera de la destrucción...» ¿Es eso lo que pretende? Piense con calma, inspector; piense y hágase cargo de lo que ocurriría. El pánico colectivo, la peor de las plagas, haría acto de presencia. Nos sería punto menos que imposible luchar contra el monstruo... No, no es ese el camino. Es cierto que tenemos sobre nosotros un peso demasiado grande, pero, mientras las espaldas

resistan, debemos continuar adelante, en lucha silenciosa con los invasores. Otra actitud sería condenar al mundo entero a un fin pavoroso, devorado su cerebro por los monstruos-planta.

—No sé qué decirle, me doy perfecta cuenta de la responsabilidad que, aun sin quererlo, hemos contraído; pero no sé discernir entre lo que estaría bien o mal hecho.

—Déjeme hacer a mí, inspector. Lo único que le pido es que secunde mis esfuerzos.

—De acuerdo. Me dejaré guiar por usted.

—No esperaba menos... Como le decía poco antes, 1a única forma de luchar es atraer al monstruo a un lugar que nos convenga mediante el empleo de geranios. Si lo conseguimos, será llegado el momento de destruirlo, antes de que lleve a cabo su ciclo reproductor.

—¿Cuánto tiempo cree que tardará en reproducirse?

—Aproximadamente una semana. Hay tiempo más que suficiente.

—¿Cuál es su plan?

—Esta misma tarde, Bill y yo iremos al invernadero de Williams Gould y colocáremos en cierto sitio estratégico los geranios. Es evidente que el monstruo merodea por los alrededores, por lo que, tarde o temprano, acudirá... Si nosotros preparamos el camino que debe seguir para llegar a los geranios, por ejemplo situando a lo largo del suelo una chapa, puesta en contacto con una corriente de alta tensión, al pisar el monstruo dicha chapa abriremos el circuito... Y no creo que soporte la enorme corriente... Quedará carbonizado.

Nichols no pudo por menos de contemplarle admirativamente. Jamás hubiera dado él con una solución semejante. Pero pensó que pura algo tenían que valer los hombres de ciencia.

—Su plan no es descabellado. Creo que, si el monstruo acude, no quedarán restos de él. Yo me encargaré de todo lo concerniente a la instalación de esa chapa.

—De acuerdo.

Nichols fue a salir, pero se detuvo, como asaltado por una duda. Ritter se acercó a él.

—Si todo saliera mal, señor Ritter, creo que no tendríamos más remedio que comunicárselo al mundo entero.

—Esperemos a ver lo que ocurre, inspector. No me gusta hacer planes para el futuro.

—Mi postura es bastante… desairada. Si mis superiores tuvieran conocimiento, lo pasaría mal. Mi silencio no estaría justificado

—No se apure ahora por eso, hombre de Dios. Quedamos en que esta misma tarde irá a la mansión de Williams, ¿verdad?

—Si.

—Lleve con usted a sus hombres, por si tropezáramos con algún contratiempo. Cuando todo esté instalado, los despide.

Asintió.

—Hasta la tarde, señor Ritter.

CAPÍTULO VII



STÁ todo preparado, Bill?

—Sí, doctor. Quedaron en que llevarían los geranios al domicilio del muerto dentro de una hora.

—Entonces, podemos irnos. Seguramente que ya estará allí el inspector Nichols.

Mientras recogían los útiles que estimaban necesarios, entró Ciwell.

—El inspector Nichols está al teléfono, doctor Ritter.

Esbozó un gesto de extrañeza, pero no aireó sus pensamientos.

—Siga usted, Bill:

Cuando regresó, su ayudante había concluido de empaquetar lo necesario. Por la actitud de Ritter dedujo que había contraorden.

—Déjelo. Creo que nos ha salido otra clase de trabajo, bastante más desagradable que éste.

—¿Es grave?

—Nichols no me lo ha dicho. Pero, a juzgar por su acento, deduzco que sí. Nos ruega que acudamos inmediatamente a una cabaña situada en las inmediaciones de la casa de Williams.

Cuando llegaron, el propio Nichols salió a recibirles.

—¿Qué ha ocurrido?

—Usted mismo lo verá, señor Ritter.

Era una cabaña de regulares dimensiones, compuesta de dos habitaciones y una pequeña cocinilla. En la habitación que hacia de comedor, tendido en un rincón, podía verse el cadáver de un hombre de edad, de pelo entrecano, vestido con el clásico atuendo de los cazadores de patos silvestres... La choza estaba llena de policías.

—¿Quién es?

—No lleva documentación. Ya he dado las órdenes oportunas para que lo identifiquen.

Ritter hizo la pregunta por el simple hecho de hacerla. Pero estaba seguro de la respuesta.

—¿De qué ha muerto?

—Los dos sabemos la causa de la muerte. No obstante, puede examinarle.

Con la ayuda de Bill, Ritter apartó el ralo cabello del hombre, hasta descubrir el diminuto agujero. Como Williams lo tenía en el hueso temporal. No quedaba lugar a dudas de que era una nueva víctima del monstruo-planta. Le había absorbido el cerebro.

Nichols les explicó lo que, al parecer, había sucedido. El monstruo debió sorprender a su víctima en el momento en que se disponía a comer. No tuvo tiempo para defenderse. Incluso estaba por asegurar que ni siquiera le oyó llegar, hecho que concordaba con las explicaciones de Ritter acerca de la forma de desplazarse de la planta, que no caminaría, sino que se arrastraría, produciendo un ruido característico, muy semejante al que produce una serpiente al arrastrarse lentamente, por un suelo de madera.

—Todo esto viene a corroborar que la planta merodea por los alrededores. Lo cual quiere decir que debemos poner en práctica nuestra idea sin pérdida de tiempo.

—Si, no lo dudo, señor Ritter... Pero las cosas están llegando a un punto insostenible. Mis superiores querrán saber las causas de la muerte. Esta vez tendré que hablar.

—¿Es absolutamente imprescindible?

—Me temo que si.

—En ese caso, les hablaremos los dos. Sus superiores tendrán que hacerse cargo de la razón que nos asiste.

—Como quiera. Pero le advierto que no son fáciles de convencer.

—Tengo poderosas razones para conseguirlo, inspector. No tendrán más remedio que darse cuenta de nuestra postura.

—Entonces, de acuerdo. Podemos visitarlos mañana.

—Bien; Bill y yo nos acercaremos ahora a la casa de Williams Gould... Quedaron en que irían con las plantas que necesitamos, y vamos a aprovechar para dejarlo todo preparado.

—El plan sigue adelante, pese al nuevo cadáver, ¿no?

—Así es.

Era cerca de media tarde cuando llegaron al invernadero. En el jardín, junto a una de las paredes, se hallaban los geranios que Bill había hecho llevar. Los dos principiaron la tarea inmediatamente. Una vez que introdujeron los geranios en la nave, buscaron el lugar más apropiado para colocarlos.

—Creo que este rincón servirá — dijo Bill.

Era el rincón que se hallaba frente por frente a la puerta que daba entrada a la nave. Par tanto, la colocación de la plancha eléctrica se podía hacer a partir del dintel.

—Sí — asintió Ritter.

Principiaron a colocar los geranios en el campo de cultivo, pero sin protegerlos con las vitrinas.

El científico era quien llevaba a efecto la operación. Situado detrás de él, Bill le tendía las plantas, por lo que Ritter se limitaba a tomar los geranios sin volver la cabeza.

—Ahora sólo resta colocar la plancha. Si el monstruo acude, estoy seguro de que acabaremos con él:

Bill hizo una observación acertada.

—Me parece que nos estamos precipitando, doctor Ritter. Debíamos haber colocado las plantas y la plancha al mismo tiempo. Puede ocurrir que, en cuanto nos marchemos, el monstruo se sienta

atraído por los geranios, y acuda.

Era un detalle que se le había escapado.

— ¡Tiene usted razón! Hemos procedido como unos principiantes.

—Podría quedarme vigilando.

—¿Usted solo? No, no... Avisaré al inspector Nichols para que envíe a sus hombres. A usted lo necesito a mi lado.

Al tiempo que hablaban, seguían trebejando, de espaldas a la puerta. Por ello, ninguno de los dos se dio cuenta de que la planta acababa de hacer acto de presencia. Ahora su altura podía calificarse de gigantesca. Sobrepasaba los dos metros, y parecía como si hubiera engrosado.

Bill fue el primero en reparar en ella. Por el rabillo del ojo divisó una gigantesca sombra que se proyectaba contra la pared. Se volvió en redondo, al tiempo que propinaba un codazo a Ritter.

Éste también se volvió, enfrentándose con el gigantesco ente, que se deslizaba hacia ellos.

—¡Retroceda, Bill!

Pero no le hizo caso. Había tomado una vitrina entre sus manos, y la lanzó sobre la horrible planta, que ni siquiera se detuvo.

—¡Se ha vuelto loco! ¡Retroceda!

Bill obedeció, echándose a un lado. El monstruo-planta continuó avanzando hacia el rincón donde se hallaban los geranios, pero, de repente, se volvió y avanzó hacia los dos hombres.

—¡Ajá!—exclamó Ritter—. La naturaleza animal prepondera sobre la vegetal. Prefiere los cerebros a los geranios.

Bill, que daba pruebas de una temeridad asombrosa, se dispuso a hacerle frente, esta vez enarbolando un taburete.

La voz de Ritter le detuvo.

—Quieto, Bill. Tenemos que apartarla de los geranios, obligándole a que nos siga.

Tensos, mirando de hito en hito a la gigantesca aparición, fueron rodeando la nave, hasta que estuvieron en condiciones de llegar sin peligro a la puerta.

El monstruo les siguió al jardín. Parecía como si no quisiera dejarles escapar. Pero sus movimientos, de una lentitud exasperante, permitían a los dos hombres apartarse de su trayectoria.

La mente de Ritter trabajaba con celeridad. En seguida tuvo una idea digna de poner en práctica.

—Escúcheme, Bill. Voy a hacerme seguir por el monstruo. Mientras tanto, ponga en marcha el coche. Cuando vea que el monstruo se coloca en su camino, láncese a toda velocidad sobre él.

—Tenga cuidado, doctor Ritter.

Era extraordinario que tanto Ritter como- Bill dieran muestras de una tranquilidad absoluta, cuando la sola visión de la planta hubiera hecho palidecer de terror al más templado. Sin embargo, la explicación no podía ser más sencilla: eran guerreros al servicio de la ciencia, y el deber para con ella se imponía a todo lo demás.

Lentamente, Ritter fue atrayéndola hacia la carretera que bordeaba la casa. A menos de veinte metros, Bill, con el coche listo, esperaba el momento de entrar en acción.

No tardó en producirse. Apenas, vio que Ritter atravesaba la carretera y el monstruo se situaba tu el mismo centro, pisó a fondo el acelerador, lanzándose sobre él como una catapulta.

El choque fue apocalíptico. Pero el monstruo no recibió el menor daño. Al contrario, fue el coche el que se detuvo, como si a su marcha se opusiera una barrera insalvable.

En seguida, las espículas se cerraron sobre la parte delantera, deformándola como si se tratara de una materia maleable.

Billy se vio perdido. Trató de abrir la portezuela, pero le resultó imposible. Cuando quiso probar suerte con la del otro lado, sintió cómo las espículas se cerraban en torno de su tórax, impidiéndole todo movimiento.

—¡Socorro!

Ritter ocultó la cabeza entre las manos, incapaz de soportar el inhumano espectáculo.

—¡Soco...!

Una de las espículas taladró el hueso temporal, llegando al cerebro. La voz de Bill enmudeció para siempre.

Cuando Ritter levantó la cabeza, la tragedia se había consumado. El insaciable monstruo avanzaba hacia él.

Huyo, despavorido, a lo largo de la carretera que llevaba a la ciudad.

* * *

En la estancia, cambiando impresiones, se hallaban Ritter, Nichols y Elsa. Se habían tomado las medidas necesarias para evitar que el monstruo destruyera los geranios y, a tal efecto, varios hombres al servicio de Nichols permanecían vigilando día y noche, en espera de que Richard Ritter creyera llegado el momento de poner en práctica el plan.

Precisamente en aquellos instantes Nichols le daba prisa para que lo llevara a efecto.

—Tengo tantas o más ganas que usted de llevarlo a la práctica, inspector. Pero se impone un compás de espera. Tenga presente que el monstruo está perfectamente alimentado, y no aparecerá durante unos días.

—Según su teoría, señor Ritter, únicamente está alimentada la parte animal, pero no la vegetal... y de ella es de la que nos valemos para atraerle.

—Lleva razón en parte. Cuando ocurrió lo de Bill, pude comprobar que la parte animal se impone cada vez más sobre la otra. Lo cual quiere decir que de aquí a unas semanas, sólo tendremos que combatir a ésta, ya que le otra tiende a desaparecer.

—¿Cómo lo sabe?

—El monstruo-planta tuvo ocasión para elegir entre los geranios y nosotros. Y nos eligió a nosotros.

—¿Cree entonces que es conveniente esperar?

—Yo no he dicho tal. Conveniente no lo es, desde el momento en que, según pude ver, el monstruo- planta está a punto de reproducirse.

—Hemos de impedirlo. Habrá que poner en práctica la idea, aunque tengamos que esperarle toda la vida.

—La pondremos, si es su deseo. Pero ya esta advertido de lo que puede ocurrir.

—Pero no podemos dejar que se reproduzca... ¿Cómo sabe que no tardará en hacerlo?

—Lo tuve cerca de mí durante casi media hora. Pude estudiarle perfectamente. Desde que fueron hechas las fotografías hasta ese momento, el monstruo había crecido desmesuradamente... El tallo ostenta una especie de escamas, próximas a desprenderse,.. Es signo evidente de lo que le digo.

Sonaron unos golpes en la puerta. Ciwell anuncio:

—Acaba de llegar el señor Carver.

—¿Carver? ¡Caramba, pronto se ha repuesto!

—Mala hierba nunca muere, señor Ritter — observó el inspector.

—Hágale entrar.

Vestía elegantemente, como siempre. La terrible lucha sostenida con el monstruo no había dejado huellas en su semblante, así como tampoco la extraña sustancia que le cegara.

Tras los saludos de rigor, el joven entró en el motivo que le había llevado.

—Supongo que se lo diría su hija. Necesito cierta cantidad de dinero.

—Si, algo me habló Elsa. Lo que deseo que me explique es por qué debo entregársela yo.

—Pues... hay muchas razones, aun cuando lo dude. Además, sería una forma de pagar la ayuda que le he prestado.

—¿Ayuda?

—Gracias a mi se obtuvieron las fotografías de ese ser infernal. Le proporcioné una buena fuente de experimentos.

Nichols intervino, amenazador.

—Escuche, Carver, es usted el tipo más cínico que he conocido. ¿Cómo se atreve en mi presencia...?

—Lo siento, inspector... La verdad es que estoy en un grave aprieto.

—¡Al diablo sus aprietos! Saiga como pueda de ellos, pero no

trate de complicarnos la vida a los demás.

—Los últimos acontecimientos le han soliviantado, inspector. Ya no es el mismo de antes.

Había dicho la verdad. Y las verdades son las que duelen. Nichols pareció como si fuera a lanzarle sobre él, pero se detuvo, aun cuando tuviera para ello que nacer un gran esfuerzo.

—Eres un tipo asqueroso, Carver. Al menor motivo que hagas, te meteré en la cárcel para toda tu vida.

Dio por terminado el incidente, encarándose con Ritter.

—¿En qué quedamos, entonces, señor Ritter?

—Ya ha escuchado mi opinión. Ahora bien, si considera oportuno llevar a la práctica nuestra idea sin pérdida de tiempo, puede hacerlo.

—¿Le parece bien mañana?

—Estoy conforme, si.

—Por lo que veo —medió Carver—, ustedes intentan acabar con el monstruo… Supongo que me dejarán asistir a la última representación de esta especie de tragedia griega.

—Supones mal.

—¡Oh, inspector! Tenga presente que soy parte interesada en el asunto. Mis derechos son superiores a los de ustedes.

Y al ver el gesto incomprensible de los dos, añadió:

—Ese monstruo es, en cierto modo, hermano mío…

—Está usted loco. Carver. ¿Cómo se le ha ocurrido semejante insensatez?

—El monstruo es un criminal. Ya ha asesinado a varias personas. ¿Creen que no hizo lo mismo con los tripulantes?

—Eso es algo que no le concierne.

—Se equivoca. Estoy en mi perfecto derecho a saber la suerte que ha corrido mi hermano. Si no me dejan que vaya con ustedes, hablaré con la policía. Además puedo resultarles eficaz y de una gran ayuda.

Nichols y Ritter cambiaron una rápida mirada. No les interesaba que aquel sujeto complicara las cosas.

El inspector dio un fuerte golpe sobre la mesa.

—Está bien, Carver. Puedes venir… ¡Pero ojalá que seas la próxima victima del monstruo!

—Sus sentimientos hacia mi persona me emocionan, inspector. ¿Dónde les podré encontrar mañana, señores?

—Venga por aquí a primera hora de la tarde y nos encontrará.

Se preparó para partir.

—Entonces, Ritter, del dinero no hay nada, ¿verdad?

— Absolutamente nada. Me limito a decirle lo que el inspector: salga usted de sus apuros como buenamente pueda, pero ya ha dicho que no complique a los demás.

—Está bien… Ya ve lo que son las cosas. El primer día que vine aquí, le pedí veinticinco mil dólares. Ahora me conformaría con mil.

—Ya has oído al señor Ritter, Carver. ¿Qué esperas?

—¿No me acompaña nadie a la puerta?

Elsa se levantó, pero Ritter la detuvo.

—Lo hará Ciwell, hija.

Pulsó un timbre.

—Acompañe al señor—dijo, cuando apareció el criado.

—Hasta mañana, señores… Espero que no hayan intentado engañarme.

—Vaya usted tranquilo. No estamos hechos del mismo barro que usted y no nos gusta engañar a las personas, sea cual sea su condición moral.

CAPÍTULO VIII



media tarde del día siguiente ya estaba todo listo. La plancha metálica había sido colocada a partir de la puerta que daba acceso al invernadero, y se extendía hasta el rincón donde se encontraban los geranios.

El conmutador que establecería el circuito se hallaba situado a la derecha de la puerta, de forma que los testigos presenciales no corrían el menor riesgo.

Cuando todo estuvo dispuesto, Nichols, por indicación de Ritter, despidió a los operarios y técnicos que habían llevado a efecto la instalación, así como a todos sus hombres, quienes habían permanecido en la casa, vigilando, en evitación de que acudiera el monstruo antes de tiempo. Pero, como muy bien había deducido el doctor Ritter, parecía hallarse alimentado, ya que no había hecho acto de presencia, ni los ojeadores divisaron sus huellas por las inmediaciones de la mansión.

Los policías al servicio de Nichols, antes de partir, dejaron tres metralletas de mano, por indicación de su superior.

Quedaron solos Ritter, Nichols, Carver y Elsa, la hija del primero. El inspector, con el pequeño arsenal en sus manos, se acercó a los dos hombres.

—¿Sabe manejar este cacharrito, señor Ritter?

—No lo he hecho nunca, inspector... Pero no creo que sea muy

difícil.

—No lo es. Pero prefiero que utilice esto — y le tendió su pistola de reglamento.

—¡Ajá! Con esto me encuentro más a gusto.

—A ti no te lo pregunto. Me consta que manejas la metralleta a la perfección.

—Desde que terminó la guerra no he vuelto a tener una en mis manos, inspector. Sin embargo, recuerdo cómo se utiliza.

—¿Desde la guerra?—ironizó—. ¿Cuántos atracos has dado con una como ésta, Carver?

—¡Oh, no! Ninguno. Es cierto que he tenido pequeñas cuentas con la justicia, pero nunca por atracador... No soy de ésos.

—Eres una inmaculada palomita, ¿no? Lo que me extraña es que no hayas seguido el mismo camino que tu hermano.

El rostro de Carver se contrajo en una dolorosa mueca. En seguida, adoptó una actitud levemente amenazadora.

—Usted no tiene derecho, por muy inspector que sea, a hablar así de una persona a la que nunca conoció.

—¿Y por qué no? Todo el mundo lo dijo, cuando le juzgaron.

—¿El qué?

—Que era un asesino nato.

—Es posible. Pero quien lo dijo se equivocaba de medio a medio. Mi hermano tenía los más nobles sentimientos que pueda tener una persona.

—Y por eso se cargó limpiamente a su patrón, ¿verdad?

—Era impulsivo, como todos los jóvenes. Pero yo, que le conocía a fondo, puedo asegurarle que no tenia instintos criminales. Su caso se repetirá todos los años, desgraciadamente. Y todos los mozalbetes que vayan a la silla eléctrica, lo harán convencidos de que son unos sádicos, un montón de escoria que se debe suprimir como sea. Pero usted, inspector, y usted, Ritter, lo mismo que yo, sabemos que no es suya la culpa. Los padres de esos muchachos, por regla general, son los que tienen que pagar.

—Vas a decirme que ése era el caso de tu hermano, ¿eh?

—No le engañaré, si se lo digo. Mi padre fue uno de tantos ganapanes que pululan por Harlem en busca de unos míseros dólares, sin detenerse a pensar en si la forma de conseguirlos es lícita o no. Y mi madre era uña mujer oscura, carente de vitalidad, sojuzgada por mi padre. Imagínense el calor de hogar que existiría en nuestra casa. En ese ambiente, nada o poco bueno podíamos aprender. Yo heredé las malas artes de mi progenitor, su artera forma de proceder. En cambio, Lewis no siguió nuestros pasos. Desde pequeño se mostró como un muchacho juicioso y reservado, introvertido, poco dado a comunicarse con los demás. Apenas se le conocían amigos. Esta manera de ser suya le permitió crecer sano de cuerpo y espíritu. Cuando se hizo hombre, buscó un trabajo honrado y lo consiguió. Les aseguro que fui el primer sorprendido cuando me enteré de que había dado muerte a su patrono.

Nichols habla escuchado la perorata con aire ausente, como si le fuera imposible reconocer que Carver tenía gran parte de razón.

Por su parte, Ritter se decía que el joven Carver podía ser un vulgar chantajista, pero no como la mayoría de ellos. El joven sabía expresarse con tino, y sus modales tenían, cierta corrección. Era un muchacho aprovechable, a nada que alguien se preocupara de atraerle por la buena senda.

—Todo eso está muy bien, Carver. Pero, ¿quieres decirnos a santo de qué viene?

El joven se le quedó mirando fijamente. Estaba bien claro que no veía con buenos ojos al inspector, a juzgar por el gesto.

—He pretendido hacerles ver la verdad.

—Me lo supongo. No creo que a estas alturas quisieras rehabilitar a tu hermano.

—Sé que es imposible. De poder hacerlo, lo habría hecho durante el juicio, cuando aún era posible salvarle. Ahora ya... no me importa.

Ritter consultó su reloj. Fue un movimiento casi imperceptible, pero que Nichols captó.

—El tiempo le va dando la razón, ¿no?

—¿Por qué lo dice?

—Usted dijo que el monstruo tardaría en aparecer. Quizá

tengamos que esperarle varios días.

—Es probable. Pero también puede presentarse en cualquier momento. Lo único que dije es que, pensando con lógica, al estar alimentado, quizá no apareciese por aquí.

—Si los geranios no le atraen, le atraerán nuestros cerebros... O las dos cosas a la vez.

Carver se había ido hacia un rincón, como si no quisiera participar en la charla o se hubiera quedado meditabundo, tras de su alocución.

Las primeras sombras de la noche se iban adueñando del jardín. Los árboles cobraban formas extrañas, recortándose sobre el suelo del invernadero, a través de las paredes encristaladas, sumiendo a la nave en una oscuridad más densa.

Ritter se hallada junto al conmutador, con los ojos fijos en la puerta. Elsa, a su lado, permanecía acodada sobre una pequeña mesita, denotando el hastío que la embargaba. Por su parte, Nichols no cesaba de pasear. En sus manos, con aire nervioso, sostenía un cigarrillo. Carver miraba al exterior, todavía enfrascado en inútiles pensamientos.

El inspector se movió hacia el conmutador.

—No lo haga — dijo Ritter, conteniéndole.

—¿Vamos a estar a oscuras?

—Seria preferible.

— ¡Bah! Ese monstruo-planta no vendrá en toda la noche, estoy seguro. Por lo menos, leeremos el periódico.

—Haga lo que quiera.

La luz inundó el recinto. A su conjuro, las sombras de los árboles desaparecieron del suelo.

El inspector fue hacia uno de los taburetes y se acomodó, al tiempo que sacaba un periódico del bolsillo de la chaqueta.

Mientras lo desplegaba, comentó:

—Es retrasado. Pero sirve para entretener.

Las metralletas reposaban sobre la mesa, muy cerca de donde se

hallaba Elsa. Ritter había guardado la pistola y daba muestras de cansancio. De vez en cuándo centraba su atención en el policía, que se hallaba ya abstraído en la lectura del diario, sin que pareciera importarle mucho el aburrimiento de los demás.

El científico consultó el reloj.

—¿No tienen apetito?

Sus ojos fueron en busca de los de Carver, que denegó con un sencillo movimiento.

Nichols apartó el periódico, dejando ver media cara.

—No estaría mal tomar unos bocados.

Se volvió hacia su hija.

—Prepáranos algo, Elsa. En la despensa de Williams encontrarás cualquier cosa.

La muchacha asintió. Pareció dudar un momento, pero, luego, pasito a pasito, se dirigió hacia la puerta. Había estado a punto de contestar que le daba miedo ir sola. Sin embargo, trataba de olvidar el miedo, una extraña sensación que le arañaba como un gato el vientre.

—No tardaré — dijo, antes de salir, como si, en un postrer esfuerzo, tratara de hacerles ver su temor a los demás.

Pero nadie se percató de su apuro. Ritter examinaba ahora, por octava vez, la pistola de reglamento. Nichols reía por lo bajo un chiste, mientras que Carver parecía vivir en otro planeta, a juzgar por su prolongado silencio, que no iba con su carácter.

Cuando la joven hubo salido, reinó el silencio por espacio de varios minutos. Un silencio oprimente, pesado; un silencio que se anudaba a la garganta como la hiedra a la pared.

Carver extrajo un cigarrillo de la pitillera, dirigiéndose hacia la puerta.

—Voy a tomar el aire —dijo.

La voz del inspector le llegó a través del periódico que le ocultaba por completo el rostro.

—Tenga cuidado.

No pudo ver la mirada despreciativa del otro.

—No se preocupe.

Y las tres sílabas fueron eco de la mirada.

La noche había cerrado. Un vientecillo reparador soplaba por entre los árboles. Prendió el cigarrillo.

Mientras exhalaba las primeras bocanadas, se dirigió hacia la puerta de la vivienda del pobre Williams Gould. Apenas entrar, a la derecha, se hallaba una diminuta cocina.

Lisa estaba preparando un pequeño refrigerio.

—¡Hola! —dijo él.

Ella siguió su trabajo, sin volverse.

—¡Hola!

—¿Puedo picar?

—Tiene hambre, ¿eh?

—Algo, sí. Además, quiero comprobar si es usted una buena cocinera, o se limita a salir del paso.

Ahora la muchacha se volvió.

—¿Por qué pretende ser mordaz? Usted ha demostrado que no es así, señor Carver.

—¿Lo he demostrado?

—Hace un momento. Sólo un hombre honrado es capaz de hablar como lo ha hecho. ¿Por qué pretende echarse tierra a los ojos?

—Es la costumbre, señorita. Ni su padre ni el inspector han tomado en consideración lo que dije. Para ellos soy un carne de horca.

—Posiblemente. Pero ¿es que no ha dado usted motivos para que piensen así? Demuéstreles lo contrario, y verá como tendrán que variar de opinión. Usted intenta pasar por un tipo sin escrúpulos y no lo es.

—¿Cree que lo que dije es mentira?

—No. Pero su caso es el de muchos hombres. Hasta ahora se ha limitado a intervenir en pequeños asuntos. Se nota que se encuentra descentrado, que sigue usted la mala senda por abulia, por… — no encontró la palabra exacta y se detuvo, observando al hombre.

—¿Y qué quiere que haga? Nadie me ha ayudado. Cuando en los momentos difíciles acudí en busca de ayuda, me despidieron con cajas destempladas. No se daban cuenta de que al no tenderme una mano, me empujaban a cometer una acción indigna. Su padre tampoco quiere escucharme. Le he pedido una cantidad porque la necesito. Se la devolvería.

—¿Para qué quiere usted el dinero?

—Es algo largo de contar. Pero le juro que lo necesito. De lo contrario, no se extrañe si cualquier día lee la noticia de mi muerte.

Las palabras produjeron honda impresión a Elsa. Se acercó más, mirándole a los ojos, con valentía y decisión.

—Cuéntemelo — rogó.

—Tengo una cuenta pendiente con dos rufianes. Me han dado un plazo para que les entregue el dinero. Si no lo hago, ya sabe... Son tipos sin escrúpulos, hábiles y marrulleros.

—¡Pero eso es un chantaje! Si se lo cuenta a la policía, le protegerán.

—No es un chantaje. Es cierto que les debo una cierta cantidad. Cosas antiguas, que pensaba yo... Pero ellos nunca olvidan. En cuanto se ven apurados, recurren a todo.

—Entonces...

—El dinero lo perdí jugando al póquer. Creo que los tres estábamos borrachos. Ninguno disponíamos de dinero. Jugábamos por el simple hecho dé entretenernos, no por el afán de dejarnos mutuamente sin blanca... Al final, cometí una estupidez: les firmé un recibo.

—Lo cual quiere decir que se encuentra a merced de esos hombres, ¿no?

—Así es. Y me matarán. Yo no puedo conseguir ese dinero más que de una manera...

Elsa le tapó la boca con la mano.

—No piense en ello.

—Está mi vida en juego. No tengo otra alternativa.

—Hablaré con papá. Si usted lo hubiera explicado todo la primera

vez que fue a verle, estoy segura de que le hubiera sacado del atolladero.

—No lo crea. Su padre es muy distinto a como se lo imagina. Además, está influido por lo que de mi dice el inspector.

—Déjelo todo de mi cuenta. Le sacaré del apuro.

Él, repentinamente, se echó a reír, ante la extrañeza de Elsa, que esbozó un gesto de fastidio.

Me río — explicó — de lo extraña que resulta la vida. Cuando la conocí, recuerdo que me dijo que le daba asco. Y ahora se ha convertido en mi ángel providencial.

—Eso pertenece al pasado. Usted, por otra parte, se presentó bajo una máscara, sin dejar que se manifestara su verdadera personalidad. Siempre creyó que era un hombre malo, y acaba de darse cuenta de que no es así.

—Posiblemente… Pero todo se lo debo a usted.

Lo había dicho en voz queda, como con miedo de que alguien más pudiera escucharle.

—¿A mi?

—A usted… Desde el primer día que la vi, me dije: He aquí una muchacha guapa, que no está a tu alcance. Tú jamás podrás conseguir el amor de una mujer como ésta. Tendrás que conformarte con el de cualquier mala mujer. Y eso, siempre que no sea a cambio de unos billetes… En aquel instante comprendí toda la inutilidad de mi vida. Me di cuenta por primera vez de que la existencia tiene muchas cosas agradables, y que vale la pena vivirla como un hombre de bien, si con ello podemos alcanzar esas cosas. Fue en aquel preciso instante cuando prometí ser bueno…

—Es usted un chiquillo, un chiquillo mal encaminado, pero bueno en el fondo, demasiado bueno… Me acaba de decir lo más bonito que he oído desde que me vestí por primera vez de mujer.

—Yo le diría también que…

—Siga.

—No puedo. Quizá algún día…

Estaban muy cerca, mirándose a los ojos.

—Dilo — susurró ella.

Trató de volverse, pero se sintió aferrado por los hombros. En seguida, los labios de la muchacha se posaron en los suyos. Sólo entonces, sus brazos rodearon la espalda femenina.

Mientras, Nichols y Ritter proseguían a la espera del monstruo-planta. El primero había terminado de leer el periódico, en tanto Ritter se hallaba repasando la trampa con la que esperaban conjurar el peligro.

—Tarda, ¿eh?

—El monstruo-planta vendrá inspector.

—Me refería a su hija... Le confieso que tengo hambre.

—No me extraña. Mire, aquí la tenemos... acompañada de Carver.

Elsa, seguida de Carver, penetró con la bandeja, que fue a depositar sobre la mesita en la que estuviera antes acodada. Para hacerlo, tuvo que apartar las metralletas.

Nichols examinó los alimentos con gran complacencia.

—Lo único que echo en falta es la cerveza. ¿No habrá por ahí unas botellitas?

Carver fue a buscar, para regresar al cabo de un rato exhibiendo con gesto triunfal una botella.

—No había más.

—Nos arreglaremos con ésta. Por lo pronto, si mal no recuerdo, el señor Ritter no bebe.

Comieren con excelente apetito. Una vez que terminaron, encendieron cigarrillos.

—Creo que nos vamos a pasar la noche en vela. — sentenció el inspector, tomando asiento.

—Estableceremos turnos — arguyó Carver—, Yo puedo hacer el primero.

—No vale la pena. No me dormiría. Si todavía hubiera una cama...

El policía daba la impresión de ser un sujeto cómodo, quizá,

demasiado para el cargo que desempeñaba.

—La idea de Carver vale. No nos vendrá mal descansar un rato.

Se pusieron de acuerdo con respecto a los tumos. Carver haría el primero. Nichols el segundo y el científico el tercero. Elsa, como es lógico, quedaba fuera.

—Procure no apartarse mucho de aquí — dijo Ritter al joven, señalando la llave que daría paso a la corriente hasta la chapa, llegado el momento oportuno.

—Esté tranquilo.

Poco después, todos dormían, salvo Carver. Este permanecía junto al interruptor. Se notaba cansado, la cabeza le pesaba enormemente… Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para vencer el sueño.

Su mirada se posó en Elsa. La muchacha le había convertido en otro hombre, como poco antes dijera. Sin embargo, jamás le pasó por la imaginación que ella pudiera fijarse en un tipo como él. No sabría decir a ciencia cierta el momento en que se sintió atraído hacia la joven, pero fue una atracción sin esperanza, pues nunca pudo soñar en que sería correspondido. No obstante. Elsa le quería, acababa de demostrárselo… Estaba obligado a cambiar de vida, a ser otro hombre, sí es que de verdad deseaba merecerla.

Le preocupaba su asunto con los dos rufianes, antiguos compañeros de aventuras. No tenía más remedio que entregarles el dinero en el plazo que le habían marcado. De lo contrario, cualquier noche le sorprenderían en un oscuro callejón y le quitarían la vida. Ambos manejaban la navaja a la perfección, y sabían ser silenciosos, en caso de necesidad.

Dio un corto paseo, hasta detenerse junto a una de las vidrieras. Apenas distinguía el jardín. Solamente la sombra confusa de los árboles daba sensación de vida.

Volvió a su puesto y se sintió de nuevo acometido por el sueño… consultó la hora. Todavía le restaba mucho tiempo para despertar al inspector Nichols.

El ruido llegó claramente. Era una especie de chasquido, algo así como si una gota de agua cayera en el entarimado de una habitación… Volvió a repetirse, en el mismo tono…

—Llueve — se dijo en voz baja.

Siguieron produciéndose, cada vez más cerca, como si se extendieran o avanzaran.

Pensó en el monstruo-planta... Pero era imposible que produjera aquel extraño ruido. Los pies o pseudópodos, lo había comprobado, eran silenciosos.

Notaba que le invadía la tranquilidad. Se llegó junto a la vidriera, taladrando a través del cristal la negrura del exterior... Nada. Los árboles se mecían levemente... Hizo mi descubrimiento...

—No llueve — musitó.

Y otra vez volvió a escuchar el ruido... Creyó ver a lo lejos unas sombras que se aproximaban... No perdió tiempo en comprobarlo.

Fue hacia el doctor Ritter.

—Despierte... Se acerca alguien.

Ritter se incorporo, somnoliento.

—¿Esta seguro?

—Usted mismo puede verlo.

Mientras el científico se acercaba a la puerta, Carver procedió a despertar al inspector y a Elsa, quienes en seguida entraron en conocimiento de lo que sucedía.

Ritter se reunió con ellos.

—No se ve nada.

—Tampoco lo he visto yo. Pero he oído algo como si fueran pasos... Escuchen.

Electivamente, llegaron perfectamente hasta ellos. Daban la impresión de que se deslizaban.

—Es el monstruo-planta— dijo Ritter.

Se prepararon. Nichols tomó en sus manos una de las metrállelas, Carver hizo lo propio con la otra, mientras Ritter sacaba la pistola. Una de sus manos permanecía aferrada a la palanca que establecería el circuito.

—No creo que sea preciso disparar — musitó el policía—. La descarga eléctrica acabara con él.

Todos los ojos se posaron en la puerta. El ruido característico seguía produciéndose, y sonaba cada vez más cercano.

—Diez metros—calculó Ritter en voz alta.

Siguió un largo silencio.

—Ocho.

Los ojos seguían clavados en la puerta.

—Cinco.

Carver tragó saliva con dificultad. Nichols aferró la metralleta con más fuerza.

—Tres.

Un sudor frío empapaba las cuatro frentes. Apenas se les escuchaba respirar.

—Ya está aquí.

—Accione la palanca cuando esté pisando la chapa.

Primero apareció una mano o especie de mano... Las espículas se abrían y cerraban con gran velocidad.

La mano de Ritter se curvó.

Ocho ojos, hipnotizados, no perdían de vista la puerta.

Elsa escondió la cabeza entre las manos, incapaz de resistir por más tiempo la tensión del angustioso instante.

Nichols respiraba ahora como si tuviera gran dificultad. Sin embargo, no soltaba la metralleta.

Carver era el más cercano a la puerta. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y sostenía el arma por pura inercia, daba la impresión de que estaba recordando los momentos en que tuvo que luchar contra el monstruo.

Ritter parecía el más tranquilo. Pálido, algo desencajado, no perdía de vista la puerta. Su mano se aferraba a la palanca, como lo haría la de un mudito.

Por fin, pudieron verlo completo... Un grito se escapó de la garganta del joven Carver, mientras el inspector daba unos pasos hacia atrás.

—¡Cielos! — casi gritó Ritter.

Se dispuso a bajar la palanca.

—¡No lo haga, Ritter!

Era la voz angustiada de Carver.

—¡Nos matarán!

No era el monstruo-planta la que acababa de entrar, sino cuatro hombres…

Se trataba de LOS CUATRO CONDENADOS A MUERTE QUE FUERAN PILOTANDO LA ASTRONAVE…

CAPÍTULO IX



A visión era repugnante. No podía decirse que fueran cuatro hombres, ya que su forma apenas recordaba la humana, salvo en algunos detalles. Eran una extraña reunión de animal y planta. El cuerpo, los pies y las manos eran de naturaleza vegetal. Únicamente la cabeza les confería parecido con los hombres.

Lo evidente es que se trataba de los tripulantes. Allí estaban, los cuatro, detenidos sobre la chapa, observando a los reunidos, quienes no daban señales de vida, como si la aparición les hubiera privado de todas sus facultades.

Fue Alfred Carver el primero en reaccionar, dando unos pasos hacia Lewis, su hermano, o el que fuera su hermano.

El horrible ser no le concedió la menor importancia.

—¿Es que no me conoces, Lewis? Soy Alfred, tu hermano. Háblame… di algo.

No dijo nada. Sin embargo, las manos, verdaderas garras, se movieron con vertiginosa celeridad, buscando la cabeza del joven, quien, en última instancia, esquivó como buenamente pudo.

—¡Apártese, Carver! Vienen dispuestos a matarnos.

—Espere, señor Ritter. Mi hermano tiene que reconocer.

Mientras esto decía, Lewis se abalanzó sobre él, asestándole un

terrible zarpazo, que le arrancó la manga de la chaqueta. Las espículas llegaron a la carne, pues el brazo desnudo se tiñó casi en el acto de sangre.

—¡No sea loco!

—¡Apártate, Carver, o te meto un balazo en la sesera!

La voz del inspector le hizo obedecer. Dio unos rápidos pasos hacia atrás, al tiempo que se llevaba el brazo sano al herido.

La mano de Ritter descendió bruscamente sobre la palanca, estableciendo el circuito... Los cuatro seres se hallaban sobre la plataforma.

Ésta, con la corriente, adquirió una especie de movimiento oscilatorio, bajo el cual los cuatro entes bailaron una extraña danza... Fue algo alucinante... Pasados los primeros momentos, los testigos pudieron ver que la electricidad nada podía contra aquellos monstruos. Era inútil cuanto se hiciera para acabar con ellos.

Ritter lo comprendió así.

—El plan ha fracasado. Tenemos que escapar de aquí.

Nichols comenzó a disparar. La ráfaga llegó hasta los cuatro sin producirles el menor daño. Se diría que las balas atravesaban el cuerpo, sin dejar huella.

—Las balas tampoco sirven—musitó.

Un pánico cerval los invadió. Aquello era más de lo que podían esperar. Ni por lo más remoto había entrado en sus cálculos que se produjera la situación por la que atravesaban.

—Tenemos que huir — repitió, angustiado, preso de pavor, el científico.

Los cuatro seres teman bloqueada la salida. Era inútil, pues, intentar llegar a la puerta.

Uno de ellos, Pearson, lanzó una especie de grito. En seguida, todos avanzaron hacia el inspector y Carver, que eran los más cercanos.

Ambos se aprestaron a la defensa. Enarbolaron las metralletas, a manera de mazo, y las descargaron furiosamente sobre el primero. El terrible golpetazo le alcanzó en la cabeza... Por un instante, pareció

que el golpe serviría para dejarle fuera de combate, pero el monstruo siguió su camino, implacable, dispuesto a matar. Sus manos o espículas se movieron velozmente, alcanzando en pleno rostro al policía, pero sólo de refilón. Un surco sanguinolento se extendió por la faz del hombre, que había depuesto su actitud defensiva, para darse a la fuga.

Ritter lanzó uno de los taburetes sobre la pared encristalada, abriendo un boquete lo suficientemente ancha como para poder salir.

—¡No pierdan tiempo! Huyamos.

Carver, aunque le dolía horriblemente el brazo, trató de contener a los monstruos.

Elsa fue la primera en salir, seguida por Nichols.

—¡Vamos, Carver! Deje las actitudes heroicas para otra ocasión.

—Salga usted primero.

Una vez que se reunieron en el jardín, echaron a correr como el que ha visto un alma en pena. Solamente se detuvieron cuando, faltos de aliento, consideraron que el peligro era pasado.

Un cuarto de hora mas tarde penetraban en una clínica de urgencia. Los médicos examinaron con todo detenimiento las heridas de Carver y del inspector, sorprendiéndose del origen de éstas.

Ritter, que asistía a la cura, no se mostró muy explícito cuando le preguntaron qué había ocurrido. No le interesaba darle publicidad al hecho, máxime ahora que las cosas parecían complicarse.

—Las heridas parecen hechas por una fiera.

—Sin embargo, en esta parte no las hay — opuso otro.

—Es muy raro — murmuró el primero.

Ritter dejó que se despacharan a su gusto. En cuanto comprobó por si mismo que las heridas carecían de importancia, dispuso que se trasladaran a su domicilio.

Una vez en él, cambiaron impresiones.

—Les he hecho venir para dar un nuevo giro al asunto. Tenemos que notificar cuanto ocurre a las autoridades del país.

Nichols estaba de acuerdo.

—Siempre se lo dije, señor Ritter; recuérdelo. Lo teníamos que haber hecho hace tiempo.

—Nunca es tarde, inspector. Como les digo, las cosas han cambiado bastante. Ya no se trata de luchar contra un solo monstruo, sino contra cuatro.

Carver, que aparecía abatido, medió:

—¿Puede usted explicar lo ocurrido, doctor Ritter? Estoy seguro de que ninguno de ustedes esperaba que apareciesen mi hermano y los otros.

—Fui el primero en sorprenderme, Carver. Sin embargo, posteriormente, he tenido tiempo de pensar con calma, y creo que he llegado a una conclusión que, si no acertada, puede acercarse bastante a la realidad.

—Usted dijo que el monstruo-planta no tardaría en reproducirse.

—Lo recuerdo, inspector. Pero nunca pude soñar que lo hiciera de la forma que todos hemos visto. No obstante, estaba bastante claro. Yo mismo comprobé que la parte vegetal tendía a desaparecer.

—¿Quiere explicarse?

—Procuraré hacerlo. Como dije con anterioridad a raíz de lo ocurrido a mi ayudante Bill, el monstruo-planta prefirió buscar nuestros cerebros y no los geranios. Lo cual demostraba palpablemente que la parte animal preponderaba sobre la vegetal. En aquel entonces no supe ver lo que este detalle podría significar. El menstruo se hallaba a punto de completar su ciclo reproductor. Suponía que de resultas nacerían dos nuevas plantas, gemelas de la madre, y éstas realizarían la misma labor, con lo que el corto espacio de tiempo nuestro planeta se poblaría de extraños seres de otro mundo… Sin embargo, el monstruo-planta acaba de reproducirse, y como resultado tenemos la aparición de los cuatro condenados a muerte, es decir, de sus facciones, ya que ellos, por desgracia, hace tiempo que dejaron de existir.

—¿Y qué diferencia puede haber de una a otra manera?

—Ninguna… Al menos en apariencia.

Hubo un corto silencio. Tras de él, Ritter siguió diciendo:

—El monstruo-planta, como saben, devoró a los cuatro tripulantes, una vez que les absorbió el celebro. Y ahora, al

reproducirse, los ha expulsado nuevamente... Ha sido algo así como el trabajo que realizan ciertas serpientes que tragan animales de gran tamaño, para luego expulsar los huesos y la piel. Ahora los cuatro condenados o los cuatro monstruos, como prefieran, llevarán a efecto, dentro de poco tiempo, un nuevo ciclo. Cada uno dará lugar a dos nuevos entes... De esta forma veremos aparecer nuevamente a Williams Gould, a Bill y al cazador... Y así a todos los que tengan la desgracia de caer en las manos de estos asesinos.

—¿Cómo explica que no les hiciera efecto alguno la corriente?

—Todavía no lo sé. Pero estoy por asegurar que la energía eléctrica, lejos de perjudicarles, es un beneficio, ya que contribuye a darles vigor. Le único que hemos conseguido es aumentar su instinto criminal.

—¿Está seguro?

—Casi. Lo estaría si pudiera examinar con detenimiento a uno de esos seres.

—Todo esto indica que estamos a su merced, ¿verdad?

—Si. Los terrestres jamás han conocido un peligro de la naturaleza de éste. No se trata de un caso lisiado, sino de la invasión de todo un ejército de otro mundo; un ejército de asesinos, que nos exterminarán en corto plazo.

Carver parecía una mole de piedra, estaba escuchando al doctor como el que ve visiones o no cree nada de lo que se le cuenta.

—Entonces ¿estamos condenados a un fin inexorable?

—No hay que tergiversar los hechos. He dicho que nos amenaza un grave peligro, capaz de exterminar al género humano en poco tiempo. Pero no que estemos condenados sin remedio. Nosotros resultamos impotentes para conjurar la amenaza, y por eso he decidido poner en antecedentes a las autoridades de la nación. El asunto necesita de la cooperación de todos.

—¿Y ya no teme al terror colectivo?

—Ya no, inspector. Las emisoras de radio y televisión darán continuamente las oportunas órdenes a los ciudadanos, para que sepan lo que deben hacer en todo momento. No es necesario que se les plantee la verdad escueta. Simplemente se les puede engañar.

Siguieron conversando sobre el particular. Luego, llegados a las

conclusiones que estimaban convenientes, disolvieron la reunión.

* * *

Tres días más tarde se dio el estado de alarma general en la ciudad. Las emisoras y los televisores llevaron a los hogares la escueta noticia de que un extraño suceso, de origen desconocido, pero que podía resultar peligroso para el bien público, se estaba desarrollando en la ciudad. Rogaban a todos que se encerrasen en sus casas, procurando salir a la calle lo menos posible, en especial durante la noche.

El ejército fue movilizado, distribuyéndose patrullas por las calles y el extrarradio, al tiempo que el cuerpo de bomberos y los demás organismos oficiales prestaban su valiosa cooperación.

El asunto había transcendido a los restantes estados de América del Norte, y los periódicos especulaban en torno a la noticia, lanzando temerarias hipótesis, todas ellas fruto del desconocimiento del asunto.

Aquella tarde, a primera hora, Ritter recibió recado telefónico de Nichols, que le rogaba se desplazase a cierto lugar de los suburbios.

Se trataba de una casa de escasa altura, pobre y maloliente. El inspector se hallaba en un cuartucho reducido, mientras varios hombres tomaban huellas, inspeccionaban la estancia o, simplemente, vigilaban.

—Ha llegado un poco tarde — fueron las primeras palabras del policía.

—Vine en cuanto me dieron su recado.

—Han asesinado a cuatro personas. Los cadáveres se encuentran en el depósito.

—¿Han sido les monstruos?

—Eso parece. Por lo visto, ya los tenemos en la ciudad. Las cosas se suceden con demasiada rapidez.

Ritter no se entretuvo.

—Iré a examinar los cadáveres.

Se convenció de que también les habían absorbido el cerebro. Ya no cabía duda alguna acerca de la identidad de los asesinos. Se trataba de los monstruos. Pero no era aquello lo que más le preocupaba, sino

el hecho de que hubieran penetrado en la ciudad. El paso significaba tanto como una sucesión ininterrumpida de muertes y, al final, la reproducción de los cuatro seres, que originarían nuevos monstruos ávidos de sangre.

Aunque se trató de mantener el asunto en el más riguroso de los secretos, la noticia de las cuatro muertes se extendió rápidamente por toda la ciudad. Había opiniones para todos los gustos, muchas de ellas bastantes cercanas a la realidad. A consecuencia de ello se creó una psicosis depresiva, un estado anímico de terror. Las cartas de protesta comenzaron a llegar a los centros oficiales y a los despachos de policía. La ciudad en pleno solicitaba protección, en tanto no se conjurase el peligro. Otras iban más allá, solicitando se les dijera cuanto ocurría.

Ritter fue llamado al despacho del gobernador, quien le conminó a que pusiera fin a la terrorífica acción de los monstruos. Sólo entonces se dio cuenta el científico de que hasta a las autoridades les había invadido el pánico, y le hacían principal y único responsable de lo que estaba sucediendo.

—Yo estoy colaborando con todas mis fuerzas, señor gobernador; pero hay cosas que no es posible que las venza un hombre solo. Por eso solicité ayuda de ustedes — fueron sus palabras de disculpa.

Sin embargo, la máxima autoridad le instó nuevamente a que diera una solución. Él era quien dirigía las maniobras de captura. Deberla conseguirlo en el plazo mínimo de una semana.

Ritter, desalentado, abandonó el despacho.

CAPÍTULO X



LSA concluyó con un:

—Y eso es todo.

Richard Ritter permaneció pensativo por espacio de unos segundos. Su rostro no dejaba traslucir la más mínima impresión. Por más que la muchacha buscaba un gesto, un asentimiento, algún indicio que pudiera revelarle el efecto causado con sus palabras, no lo hallaba.

—Bien. Nunca habíamos tenido ocasión de hablar como lo hemos hecho hoy. Me alegro de que haya ocurrido. Pero he de decirte algunas cosas, hija mía.

—Si, ya lo sé. Te parece que he tomado la decisión muy a la ligera, ¿no es así?

—Pues... algo parecido. No es que me oponga a tu voluntad, pues no conseguiría nada; pero quiero hacerte ver los inconvenientes.

—Lo he pensado bien, papá. Alfred se labrará un porvenir.

—Quizá. Sin embargo, su manera de ser no es la más indicada para concebir muchas esperanzas. Soy el primero en creer que se trata de un muchacho equivocado, al que únicamente es necesario indicarle el buen camino. Pero me da miedo su fondo moral.

—No permitiré que se aparte de la buena senda, papá, puedes

estar seguro.

—Bien, bien. Prefiero que lo discutamos cuando todo esto termine. Ahora no sabría decirte lo que pienso.

—Como quieras... ¡Ah!... No se te olvide lo del dinero, para Alfred es muy importante. Claro esta que te lo devolverá.

—¿No crees que pueda engañarte?

—No.

Ritter estuvo a punto de decir que no estaba muy seguro, poro prefirió callar. No deseaba ser pájaro de mal agüero. Por su parte, Elsa hubiera podido decirle que es difícil engañar a una mujer, sobre todo en determinados momentos.

Poco después llegó el inspector Nichols. Ambos no se habían visto desde que ocurrieran los últimos asesinatos.

Ritter le puso al corriente de su entrevista con el gobernador. Nichols, a su vez, le indicó que también sus jefes le habían hablado sobre el particular.

—Lo cual quiere decir que somos los primeros abanderados —concluyó.

—El gobernador me dio un ultimátum.

—¿Un ultimátum?

—Así es.

—¡Caramba! Mis superiores me han puesto las cartas boca arriba, pero no han llegado a tanto, ¿Se imagina lo que eso representa?

—Desde luego. Le noté asustado, como si hubiera alguien que le empujara a meterme prisa.

—Órdenes de la Casa Blanca, ¿verdad?

—Supongo que si. Pero se han creído que esto es como un supuesto táctico. Si en mi mano estuviera terminar para siempre con la amenaza, lo habría hecho ya.

—Siempre ocurre lo mismo — rezongó el policía—. En todos los asuntos, especialmente cuando se desarrollan mal, se busca una cabeza de turco. Y por lo visto somos usted y yo.

—Seguramente piensan como dice. Pero lo que sucede no es un simple trámite oficial. Tenemos que poner todos de nuestra parte. Ahora bien, si comenzamos a volver la espalda, nada se podrá hacer.

Nichols asintió. A. parecer, la filípica de sus superiores le había dejado más suave que un guante.

—¿Tiene noticias?

—Ninguna, señor Ritter. Ninguno de los cuatro ha vuelto a hacer acto de presencia. Llevo varias noches sin saber lo que es una buena cama.

—Lo peor de todo es que hemos perdido definitivamente la pista de los monstruos. Antes, al menos, podíamos localizarlos. Ahora... ¡La ciudad es muy grande!

—No tardarán en dar señales de vida, desgraciadamente. Todavía caerán muchos.

—No es eso lo que más me alarma, sino el hecho de que vuelvan a reproducirse. Hace poco teníamos que luchar contra uno solo, ahora son cuatro, y mañana serán ocho... A medida que pase el tiempo, nuestras probabilidades de éxito disminuirán.

—Lo comprendo. Pero nada podemos hacer. Los hombres del ejército y la policía vigilan la ciudad día y noche... Pero ninguna patrulla ha descubierto el menor indicio.

Los dos se enfrentaban con el problema desde distintos puntos de vista. Pero ambos iban a parar a lo mismo. Era necesario acabar cuanto antes con la terrible amenaza.

—Su tarea es más embarazosa que la mía, inspector. A mí sólo me resta esperar.

—¿Qué quiere decir?

—No puedo hacer nada hasta tanto usted no me dé la pista de los monstruos. Por eso dije que todo el peso recae sobre sus espaldas.

El policía pareció reflexionar.

—Si, es posible que lleve razón, pero supongo que no se cruzará de brazos, ¿verdad?

—Hay muchas formas de trabajar. Desde hace varios días estoy dándole vueltas a una idea.

—Pues siga con ella, si es para librarnos de los monstruos.

Prosiguieron charlando. El asunto que les ocupaba tenia diversos enfoques. Y desde todos ellos lo veía difícil. El ultimátum podía representar mucho, máxima si, como pensaban, había tomado cartas en el asunto el propio presidente.

Media hora más tarde Nichols se despidió.

—Téngame al corriente — dijo.

—Desde luego... A ver si dentro de poco le doy buenas noticias.

—Usted y sus hombres son los que llevan las riendas. Cualquier descuido puede significar la destrucción de la humanidad, no lo olvide.

—Es una constante pesadilla. Adiós, señor Ritter.

Le acompañó hasta la puerta. Luego, tras recoger unos papeles de la mesa, descendió al sótano, al laboratorio.

No había querido decirle nada al inspector, pero lo cierto era que estaba totalmente desorientado. Ante la imposibilidad de poder localizar a los extraños seres, su trabajo era nulo. Si le dijo que estaba trabajando sobre una idea, fue para infundirle ánimos, para hacerle ver que seguía la lucha. En ningún caso podía decir que se consideraba impotente.

Paseó la vista por el laboratorio, deteniéndose en cada uno de los objetos. Se daba cuenta de qué poco le servían para aquella ocasión. ¿Qué podían contra los monstruos las retortas y los alambiques? ¿Qué las cubetas y los distintos tubos de ensayo? ¿Qué, en fin, el enorme tanque del fondo, lleno de gas sulfuroso, para emplearle en experimentos de envergadura?

Por primera vez se daba cuenta de que su ciencia de nada le servia y de que tantos años dedicados a la investigación eran susceptibles de perderse por obra y gracia de extraños seres procedentes de un mundo desconocido. Solamente podía explicárselo admitiendo que se trataba de seres de superior inteligencia.

Pero ¿cómo admitirlo, si su único objetivo estaba basado en la destrucción?... No, aquellos seres ro podían ser civilizados, no podían tener inteligencia. De lo contrario, procederían de forma muy diferente.

Sin embargo, también era cierto que podía ser su forma de hacer

la guerra. ¿Por qué no pensar que se trataba de habitantes de un planeta, cuyas armas fueran un millón de veces superiores a las de los terrestres? Siendo así, estaban llevando a cabo la invasión del globo terráqueo, aportando para ello las armas que consideraban oportunas.

El timbre del teléfono interrumpió el curso de sus pensamientos. Lo tomó con la mano derecha.

—Ha llegado Alfred, papá.

—Que espere en el despacho. Voy ahora mismo.

El joven parecía encontrarse nervioso. Sin duda alguna le producía embarazo la situación.

Ritter, apenas hubo entrado, rogó a su hija:

—Déjanos un momento.

Cuando hubo salido, se volvió hacia el joven, que permanecía en pie, adoptando una postura un tanto estúpida.

—Bien, Carver.

Se creyó invitado a hablar.

—Supongo que se lo habrá dicho todo su hija, señor Ritter. Pensaba haberlo hecho yo, pero no me dio tiempo.

—Supone usted bien. Pero quiero que hablemos con claridad, Carver. Pongamos las cartas boca arriba, según expresión suya.

—No le comprendo.

—Claro que si. Estoy en mi obligación de hacerle algunas preguntas. Su comportamiento, desde que le conozco, no ha sido muy caballeroso. Por lo tanto, he de convencerme de sus verdaderas intenciones para con Elsa. No piense que nos va a engañar.

Se pasó la mano por la boca, sorprendido por el tono que empleaba el científico.

—Mis intenciones son bien claras: estoy enamorado de su hija.

—Es probable. Pero también puede ser que no vea más que esta forma de sacar el dinero.

— ¡Oh! ¿Cree que sería capaz?

—¿Por qué no? ¿Acaso ha demostrado alguna vez lo contrario?

Sus antecedentes son pésimos, Carver. No puedo fiarme de usted.

El joven parecía apabullado.

—Comprendo sus temores, pero no tienen razón de ser... Si pudiera demostrárselo... Escuche, señor Ritter, no es mi intención jugarle una mala pasada. Desde el primer momento que conocí a Elsa me sentí atraído hacia ella. Jamás pensé que pudiera merecerla, porque me daba cuenta de la distancia que mediaba entre los dos. Sin embargo, a partir de aquel momento, prometí ser mejor cada día, me hice a mí mismo la promesa de reformarme, de romper con el pasado, para iniciar un futuro por el camino del bien.

Ritter se acarició la barbilla, dubitativo. El acento del joven no dejaba lugar a dudas. No se preciaba de conocer a las gentes, pero en aquella ocasión hubiese jurado que decía la verdad.

—Bien.— masculló, al tiempo que daba unos cortos pasos hacia la mesa—. Bien — repitió en el mismo tono—. Le creo, Carver.

—¿Entonces?

—Cuente usted con mi aprobación. Le daré ese dinero que necesita con tanta urgencia.

—Se lo devolveré.

—Eso espero.

Se dirigió hacia la caja fuerte.

—Usted puede engañarme a mí — dijo, mientras abría—, pero no a mi hija. Las mujeres saben lo que realmente les conviene en estos menesteres...

Elsa volvió a entrar en el momento en que le entregaba el dinero. Asistió silenciosa a la escena. Sólo cuando vio que su prometido guardaba los billetes dijo:

—¿Habéis terminado?

—Todo esta resuelto, hija.

Sin decir nada más, el científico se dirigió nuevamente al laboratorio. Apenas abrir la puerta, tuvo la sensación de que no estaba solo.

Un ramalazo de viento fresco le golpeó en plena cara: una de las ventanas, a la altura de la acera, estaba abierta.

En seguida sus ojos fueron hacia el centro de la estancia. ESTABAN ALLÍ. Los cuatro monstruos acababan de percatarse de su presencia, y no cesaban de mirarle.

Ritter no perdió la calma. Se daba cuenta de que era una ocasión que difícilmente se le volvería a presentar.

—¡Carver! —gritó.

Momentos después, Elsa y el joven irrumpieron en la estancia. Lo primero que vieron fue a los cuatro horripilantes seres. La muchacha no pudo contener un grito.

—Tranquilízate, Elsa… Usted, Carver, tiene que ayudarme. No hay que dejarlos escapar.

Carver no veía el medio de impedirlo. Miró al médico con aire extraño, como si se tratara de un bicho raro.

—¿Qué se propone?

Ritter acababa de trazarse un plan de acción. Era sumamente arriesgado, pero podía resultar.

—¿Ve aquel tanque del fondo?

El joven asintió.

—Contiene gas, Carver. Si consigo llegar hasta él y lo abro, los monstruos dejarán de ser una amenaza—aseguró Ritter.

—¡Está usted loco! ¿Cómo va a llegar hasta allí? Los monstruos le cierran el paso.

—Mi hija y usted les atraerán hacia aquí… Cierra la ventana, Elsa.

Aquello era más de lo que podían esperar. Intentar la lucha significaba exponerse a perder la vida. Las posibilidades de salvación eran poco menos que nulas.

—No puede hacer eso, señor Ritter. Lo mejor es que huyamos antes de que sea tarde.

El galeno no le prestaba atención.

—Cierra la ventana, Elsa. .

—¿No ve que pueden escapar por ella?

—El gas es mortífero. No les dará tiempo para nada, siempre y

cuando les sea mortal, como a nosotros.

Elsa, pasito a pasito, se dirigió hacia la ventana. Los monstruos, al ver que caminaba, se pusieron también en movimiento.

—Vienen hacia aquí — susurró Ritter—. Atráiganles.

Elsa acababa de reunirse con ellos, una vez que cerró la ventana... Los cuatro seres proseguían su avance.

Ritter se echó hacia un lado, agachándose. Así alcanzó uno de los rincones, alejándose de la trayectoria de los monstruos.

Rápidamente llegó junto al enorme tanque y lo abrió, echándose al momento hacia atrás.

—¡Lo he conseguido!

Da la misma manera que llegara realizó el regreso.

— ¡Salgamos!

Apenas les separaban unos metros de los monstruos. Con toda rapidez se pusieron fuera de su alcance.

Ritter cerró la puerta con llave.

—¿Cree que servirá de algo?

—Ya lo veremos. Por lo pronto no creo que puedan salir por aquí. La puerta es de hierro.

No recordaba ya el final de su ayudante Bill, cuando la planta redujo a chatarra su automóvil y sorbió el cerebro del joven.

—Saldrán por la ventana — insinuó Carver.

—Si el gas les es nocivo, no les dará tiempo... Vaya usted a vigilar. Yo avisaré a la policía.

No se oía ningún ruido. Sólo el suave rumor producido por el gas al salir.

—No perdamos tiempo.

Se puso en contacto primeramente con la policía. Luego avisó al cuerpo de bomberos, así como a las autoridades sanitarias, en previsión de que ocurriera algún percance.

Los minutos transcurrían lentamente. Elsa parecía a punto de

desmayarse.

—Si el gas no consigue exterminarlos, no habrá ya nada que los detenga... El fin del mundo será una realidad en plazo próximo.

Carver llego corriendo, desencajado.

—Apenas veo nada... Los monstruos siguen en la habitación, sin moverse... ¡El gas no les hace ningún electo!

—¡Vamos!

Electivamente, no se veía ya nada o apenas nada. El gas se había apoderado del medio ambiente, Impidiendo la perfecta visibilidad.

—¿Qué podemos hacer?

—Esperar. La policía no tardará en llegar.

Los primeros en hacerlo fueron los bomberos. Ritter les ordenó que enfocaran la ventana con las mangas.

—Si intentan salir, lancen el agua a la mayor presión que les sea posible.

Cuando comparecieron las fuerzas policiales, acordonaron los alrededores de la casa. Se había reunido una masa heterogénea, ávida de saber lo que estaba ocurriendo.

Entretanto, los monstruos seguían sin dar señales de vida. A medida que pasaba el tiempo, Ritter era más optimista.

—El gas puede con ellos — musitaba.

Nichols no tardó en aparecer. Daba la impresión de ser un loco, escapado de un manicomio.

—¿Cómo ha sido?— fueron sus primeras palabras.

—Se presentaron de improviso... Pude encerrarlos en el laboratorio... Antes abrí el tanque de gas que poseo para mis experimentos.

—¿Dará resultado?

—Creo que si... Si, ha pasado mucho tiempo.

El gas venenoso comenzaba a salir por la ventana, con el natural peligro para los hombres que se hallaban cerca de ella.

—¡Caretas antigás!—gritó alguien.

A cada hombre amenazado se le entregó una.

Mientras, la gente se arremolinaba en torno, siempre contenidos por la fuerza pública. A varios metros del lugar, los equipos sanitarios habían montado su compás de espera. Varias ambulancias se encontraban prestas para trasladar a los heridos, en caso de que los hubiera.

Reinaba una profunda tensión. Miles de ojos no se separaban de la ventana, esperando ver aparecer a los monstruos. Pero éstos no daban señales de vida.

—Ha pasado ya mucho tiempo — musitó Nichols.

Ritter no ocultaba su alegría.

—¡Lo hemos conseguido, inspector! ¡Los monstruos han sido destruidos!

El policía era de los de ver para creer.

—Tenemos que entrar. Provéase de una mascarilla.

Acompañados de algunos hombres, el científico y el profesor penetraron en la casa y bajaron al laboratorio. Por debajo de la puerta se filtraba una leve columna azulada, que se expandía por el corredor.

Ritter introdujo la llave en la cerradura y dio una vuelta completa. Luego, poco a poco, fue abriendo.

La medida era prudente. De no haberlo hecho así, uno de los monstruos le habría alcanzado. Por el hueco apareció parte del brazo... Las espículas se abrían y cerraban con extraordinaria rapidez.

Los hombres se echaron sobre la puerta, conteniendo el impulso del monstruo, que pugnaba por salir. El brazo quedó aprisionado entre el quicio y la jamba.

En un principio, la riqueza de movimientos de la parte visible del monstruo los sumió en serlas reflexiones, hasta el punto de considerarse fracasados. Pero cuando vieron que decrecían, dejaron escapar un suspiro de alivio.

«—Dentro de unos instantes estará sin vida» — pensó Ritter, que no perdía los movimientos cada vez más parcos de la mano.

Del piso superior llegó una voz.

—¿Qué sucede? ¿Están ahí?

Ninguno respondió. Toaos seguían mirando las espículas, cada vez más lentas en su movimiento de apertura y cierre.

Poco después, el brazo cesaba de moverse. Todo delataba que el monstruo había dejado de existir.

Con gran cuidado abrieron la puerta... Era cierto... Tres yacían en el centro del laboratorio, mientras que el otro acababa de caer junto a la puerta. Las emanaciones gaseosas los habían aniquilado.

Ritter fue hacia la ventana y la abrió de par en par. Hizo una seña de triunfo a los de afuera, que prorrumpieron en exclamaciones de alegría, como si les hubiesen tocado las apuestas de caballos.

Media hora más tarde, la casa estaba libre del mortífero gas, y los hombres podían circula por ella desprovistos de la mascarilla.

A la emoción de los primeros instantes por haber conjurado la terrible amenaza, vino una especie de tranquilidad, un aire satisfecho que se reflejaba en todos y cada uno de los presentes.

Ritter se hallaba en el despacho, departiendo con las autoridades.

—El éxito ha sido de todos... Hemos hecho lo que estaba en nuestras manos.

—El gobernador será avisado inmediatamente, así como la radio y televisión. Hay que tranquilizar a los ciudadanos.

El científico deseaba examinar detenidamente a los monstruos. Sin embargo, la policía se oponía, alegando que debería obtener permiso de las autoridades superiores.

—No creo que se opongan. Del examen de estos cuatro seres pueden sacarse enseñanzas provechosas.

Era noche cerrada cuando los hombres abandonaron el domicilio del científico. Nichols se quedó un rato más.

—¡Por fin podré dormir tranquilo, señor Ritter! Todo gracias a usted.

—Usted también tiene su parte, y no poca, inspector. Ha sido una labor conjunta.

—¡Bah! Yo me he limitado a seguir sus instrucciones.

Observó que el médico se quedaba pensativo, casi triste.

—No parece muy contento.

—No puedo estarlo. Mi experimento fracasó.

—Pero ha salvado a la humanidad de un final pavoroso.

—Eso ahora no cuenta... He consagrado toda mi vida a la ciencia, y hoy me reconozco fracasado.

—¿Qué piensa hacer?

—¿Que qué pienso hacer? Me sorprende, inspector. No pensará que me deje llevar por el desaliento de estos instantes, ¿verdad? Volveré a empezar. Ahora tengo más conocimiento de causa.

—Pero...

—No deje de leer los periódicos. Dentro de muy poco tiempo hablarán continuamente de mí y de mi astronave.

Se despidieron. Mientras se dirigía hacia la salida, Nichols no pudo por menos de admirar el temple de Ritter. Pero se daba cuenta de las consecuencias que el nuevo experimento podría tener. Quizás otros monstruos como los anteriores o peores.

—No cabe duda, está loco — rezongó —. Recuerdo que mi padre solía decírmelo. Los hombres de ciencia tienen los sesos hechos agua.

En el «hall», Elsa y Carver charlaban animadamente.

—Adiós, jovencitos. Me alegro de que hayas encontrado el buen camino, Carver.

—Y yo también, inspector. Ya no me verá nunca en la cárcel.

—Eso espero.

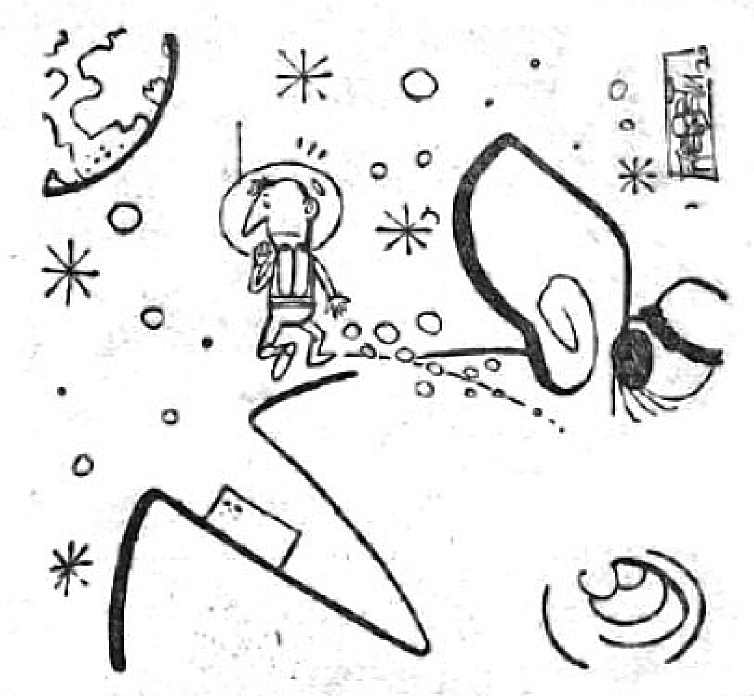
Los dejó, felices.

Ellos eran los únicos que hablan encontrado el camino de la verdad en circunstancias difíciles. Porque Nichols era un convencido de que sólo el amor y la comprensión traerían la paz.

En la calle hacía frío.


FIN

NUESTROS RECORDATORIOS CON SONRISA



—¡Eh, oiga! No me gusta que nadie me cruce la cara.

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

81. — Satélite artificial. — *Johnny Garland*.

82. — Intriga en la galaxia. — *Louis G. Milk*.

83. — Ultrametrópolis. — *Law Space*.

84. — ¡Mutaciones!. — *H. S. Thels*.

85. — Viaje al centro de Plutónia. — *Clark Carrados*.

86. — Persecución en la órbita. — *H. S. Thels*.

87. — El país de los «robots». — *Clark Carrados*.

88. — Atentado en el tiempo. — *Law Space*.

89. — Pantanos de metal. — *Clark Carrados*.

90. — Operación Selene. — *Sylvester Strange*.

91. — Los trabajos de Kabé. — *Clark Carrados*.

92. — Mundos silenciosos. — *Johnny Garland*.

93. — El zoo infinito. — *Clark Carrados*.

94. — Microcosmos. — *Law Space*.

95. — Li trovador de la Galaxia. — *Clark Carrados*.

96. — Andrómeda ataca. — *Clark Carrados*.

97. — El hombre que nació mañana. — *Johnny Garland*.

98. — Objetivo: la Luna. — *Fel Marty*.

99. — Pacto en el gran canal. — *Clark Carrados.*

100. — Un mundo muerto. — *Red Arthur*.

101. — Taum, cazador estelar. — *Law Space*.

102. — Justicia robótica. — *Clark Carrados*.

103. — La llegada de los «Zetas». — *Law Space*.

104. — La nueva era. — *Clark Carrados.*

105. — Guerra de satélites. — *H. S. Thels.*

106. — El «robot» Espartaco. — *Sylvester Strange.*

107. — El hombre de Júpiter. — *H. S. Thels.*

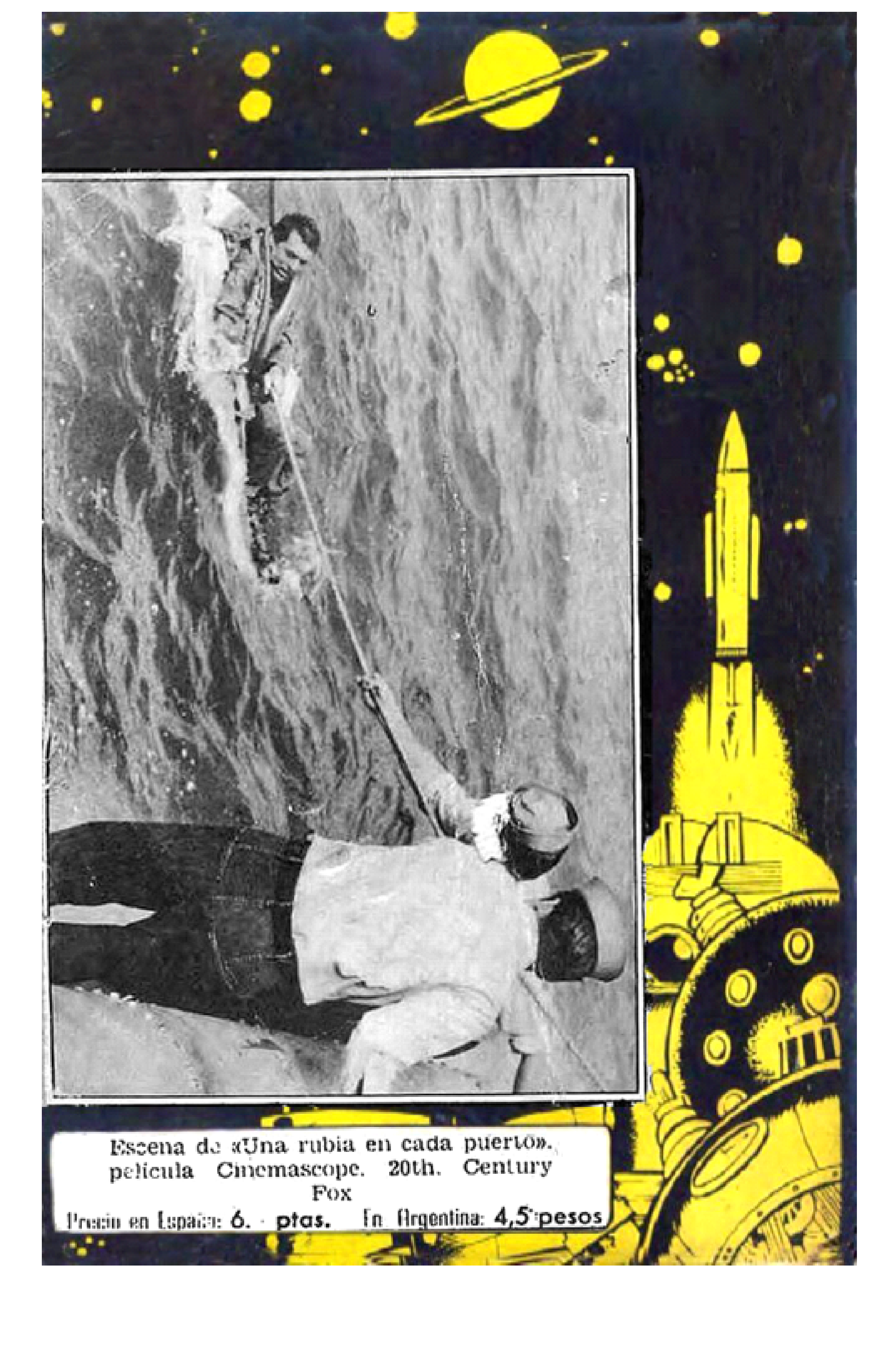
108. — Maquiavelo artificial. — *Clark Carrados.*

109. — «Zero».— *Jonnny Garland*.

110. — Huida al pasado. — *Law Space.*

111. — Vikingo del Cosmos. — *Clark Carrados.*

112. — ¡Cuidado, terrestres! —*Tom Argo.*



Escena de «Una rubia en cada puerto». película Cinemascope. 20th. Century Fox

Precio en España: 6. - ptas. En Argentina: 4,5 pesos